



Con los ojos del puma

Hugo Covaro

El águila

Inmóvil, la mujer miraba el vuelo del águila. Como una flecha de sombras surcaba las distancias azules, tan alto que a veces sólo era una muesca pequeña en el lienzo infinito del cielo.

En sus ojos se repetía esa silueta bruna, como un dardo lanzado desde algún sitio de ese inmenso territorio, para herir en pleno rostro al asombrado mediodía.

Siguió mirando hasta que el ave, remontando invisibles pendientes, desapareció tras los blancos penachos de la cordillera. Lentamente volvió hasta la casa y la oscura boca de la puerta se tragó entera su encorvada figura.

Dentro de la estrecha cocina, Ramón, un muchacho huérfano que la anciana tenía como única compañía, le acercaba de vez en cuando un mate que la vieja tomaba casi sin prestarle atención, sumida en profundos laberintos.

-Ha vuelto -dijo al fin la machi, mientras se acomodaba el pañuelo que le cubría la cabeza.

-Quién? -preguntó Ramón sorprendido.

-El águila...

-No será un águila mora*? Hace unos días andaba una por los corrales...

-No. Ayer encontré una pluma cerca del menuco*. Esa es una señal que ella da cuando regresa.

-Cómo es que yo no puedo verla? -inquirió el muchacho-

-Ya te lo he dicho... porque no podes "ver".

-Podré verla alguna vez, doña María?

-No. Lo que ha regresado no es un águila en realidad. Es mi espíritu guardián que viene a ponerme a salvo de algún peligro. Por eso mañana, antes que el sol alumbre estos parajes, estaré esperándola al pie del árbol sagrado, donde ella arma su nido con los huesos de los paisanos muertos.

-Y si fuera un águila verdadera la que vuela sobre la casa?

-No m'hijo... ella viene porque yo la llamo en los sueños -habló la chamana* con la mirada perdida en ignotas regiones.

-Me asusta que ella traiga malas noticias -balbuceó sin disimular su miedo Ramón.

-No siempre son peligros... a veces son anuncios de cosas que sucederán. Ya lo sabremos mañana.

Se quedó pensativa, atrapada por el antiguo embrujo del fuego, regresada a un tiempo de lejanos camarucos*, desbocados awines*, por marzos llenos de rogativas y purrunes. Se veía niña, única heredera de su abuela machi en ese

remoto conocimiento que viaja en la memoria de los indios desde los albores de la vida, sostenido por la magia y los sortilegios.

Era todavía noche cuando la vieja curandera emprendió la marcha. En la penumbra, apenas imaginaba la forma del sendero y los montes que aquí y allá se agrupaban en oscuros manchones.

Casi de memoria, recorría el trayecto tantas veces transitado, a la espera que las cosas recobraran sus formas reales, cuando un sol redondo, asomando su cósmica lumbre, se trepara al cielo diáfano.

En una rama del árbol sagrado, de pecho al astro recién nacido, estaba el águila. Se la veía enorme, como suspendida del aire rumoroso, asperjando brillos fugaces en diminutas esquirlas de cobre. Sólo el duro cuarzo de sus ojos ponía algo de oscuridad en aquella criatura luminosa.

La anciana se quitó el pañuelo que le cubría la cabeza y de cara al naciente, fijó en el águila sus pupilas neblinosas. Un silencio hondo, denso, aquietó los latidos del día hasta ponerlos de piedra.

Entonces el águila habló. La voz le llegaba a la machi por todos sus sentidos.

"Ya no tienes tiempo para esperar. No demores más la tarea que los espíritus te han ordenado. No encontrarás entre los tuyos quién reciba el poder de viajar al mundo de los muertos y regresar con los mensajes de los Padres Azules. Alguien llegará de lejos -tal vez un extranjero- para que lo tomes como propio y le hables de la vieja enseñanza, para que no se pierda el conocimiento de los primeros pobladores de estas tierras. Ese viajero ya está en marcha, debes estar preparada para recibirlo. El llegará primero a tus sueños y cuando llame a tu puerta, recuerda que será tu última oportunidad".*

La anciana, como petrificada, permaneció quieta, hasta que el ave, sacudiendo sus poderosas alas, agitó el follaje al levantar vuelo. Lentamente fue cobrando altura, hasta que las altas cumbres esfumaron de lejanías su perfecta trayectoria.

Cuando la machi inició el regreso, los sonidos del paisaje habían recobrado sus definidas cadencias.

Abajo, en el pequeño valle que forman dos cordones de montañas, un humo celeste se alzaba recto, partiendo en dos mitades al macizo bosque. Debajo del humo, como salido de la tierra, aparecían de a poco las viejas maderas de su casa pobre.

Desde el último recodo del camino, pudo ver a Ramón apoyado en el cerco de cantoneras*, esperándola. En el mirar de la abuela paisana, aún persistía un escondido fulgor dorado.

En marcha

El sonido monótono del motor de la vieja camioneta le producía cierta somnolencia, acentuada por esa larga ruta sin demasiadas curvas que con rumbo S.O., lo llevaba al encuentro con el paisaje cordillerano.

Había manejado desde muy temprano y su estómago le avisaba que era hora de hacer un alto, con esa languidez cada vez más acentuada.

Esperó encontrar un lugar adecuado a la vera del camino y detuvo la marcha. Una mata de molle* le abrigó la espalda del viento. Con leña menuda encendió un pequeño fuego y calentó agua para el mate.

Cortó en rodajas el resto de fiambre y el poco queso que, desde la antevíspera, era su menú fijo, junto al pan casero de corta existencia, con relación con los otros dos elementos.

Para cuando terminó con el último bocado, la pava le avisaba con tímidos silbos que estaba lista para la mateada.

El viento del oeste acamaba la rubia melena de los coirones*, doblando las curtidas ramas del viejo molle, que mostraba al mediodía las pulidas cuentas de sus frutos perfectos. Caminó un trecho para "estirar las piernas" y orinar largamente al reparo de una malaespina*.

Cuando regresaba hacia la camioneta, una bandada de corraleras* levantó un vuelo bajo, casi rozando el monte dormido. Un sol desteñido se sostenía en lo alto de un cielo anaranjado.

Otra vez en marcha. De nuevo la negra lonja estirando sus kilómetros incontables ante los ojos del viajero, en ese tránsito obcecado por los límites más extremos del desierto.

Poco a poco la vegetación cambiaba su rústica vestimenta, para dar paso a pastizales altos que trepaban hasta el vientre astroso de las ovejas, con manchones de montes de ñires* enanos, agazapando su verdor en las laderas de dilatados valles.

Al fondo, las primeras estribaciones de la cordillera, elevaban sus imponentes siluetas, azuladas de lejanías.

Al atardecer, el ruido del motor rebotaba contra la pared rocosa, prolongado en un eco metálico por la estrecha senda calada en la piedra, al filo del precipicio. Para entonces, bosques compactos, como subidos a la espalda escabrosa de la montaña, inundaban de un verde intenso, la increíble serenidad del paisaje.

Antes que las sombras esfumaran los perfiles afilados de las cumbres, a orillas de un pequeño arroyo, detuvo la marcha del fatigado motor y armó la carpa.

Pronto la noche untó su hollín umbroso en cada criatura, como si la vida escondiera de la oscuridad, su germen prodigioso.

Se durmió pronto, acunado por el memorioso canto del agua.

La casa

La casa era pequeña, hecha con troncos de ciprés*puestos uno encima del otro, dando forma a las paredes de rústica fortaleza.

El techo estaba construido de tejuelas, obra del chileno Paredes -que, como ironía, era especialista en techos-.

De su paciencia infinita, como hojas de un árbol misterioso, fueron saliendo las diminutas tejuelas de lenga*, con las que se fue tapando, de a minúsculas porciones, el cielo con las manos.

Nadie sabe cuándo llegaron los Reumay a Piedras Blancas. Sólo se sabe que habitan ese paraje desde siempre, desde que los abuelos tienen memoria.

Pero a la casa la hicieron entre todos.

Limpiaron el lugar, hacharon los árboles y los desgajaron, y a golpes de hachuela* fueron armando el sólido esqueleto de madera, cerca del arroyo que alguien le puso "del coipo",* porque por aquella época esos animales lo habitaban, hasta que la presencia humana los alejó hacia otros destinos.

En ella nacieron los hijos, sin partera, sin ayuda, a cielo limpio, y velaron entre paisanos tristes la muerte de su marido, don Nicolás Millaqueo, en un marzo llovedor lleno de presagios.

Ella sabía que su compañero había mirado el rastro que deja "la piedra que camina"* y que no podría escapar de esa muerte lenta, que lo secaba con la persistencia de la sal, hasta volverlo viento machacado.

Lo enterraron al fondo de la casa, justo donde las blancas piedras de cuarzo, acidulan en los ojos apagados del muerto, sus soles mutilados.

A veces el recuerdo le tuerce la cabeza y le hace mirar hacia la tumba.

Y es cuando, desde una resolana turbia, la figura de Nicolás Millaqueo sale de la tierra para hablarle desde su mundo inescrutable. Ella le sonríe desde su rostro ajado, mientras por sus ojos gastados, algo dorado, como el vuelo de un águila, le abrillanta la mirada. Pero es un centelleo, una chispa fugaz, un menudo relámpago.

Después todo vuelve a tener el repetido pulso de los días campesinos, ese renovado destello desde donde la vida resucita su invencible portento.

Esa ruca* de maderos apilados, era como el maderamen de un viejo barco varado en medio de la tarde, anclado en el breve mar de un arroyo andino, que a contra mano de los peces, derramaba en el horizonte sus aguas puras.

Desde ese sitio partieron de a uno los hijos. Primero la Elvira con su guagua* recién nacida. Luego se fue Jacinto con un arreo que pasó rumbo a Mata Guanaco*. A Julián lo llamaron para el servicio militar y no supo cuál fue su destino.

Y María Reumay se quedó sola, aprisionada entre el Arroyo del Coipo y la lomada de piedras blancas que esconde la sombra penitente de Nicolás Millaqueo, su marido muerto.

La piedra que camina

Se bajó del caballo apenas el animal pisó el lecho pedregoso del río seco.

De la barranca asomaban raíces oscuras de arbustos achaparrados que mostraban su subterránea existencia al impiadoso sol del desierto. Orinó contra la barda* gredosa y un hilo de espuma estiró su salmuera hasta casi mojar las suelas de sus botas.

Acomodó el cuero del recao,* le ajustó la cincha al alazán* que, como vieja maña, hinchaba su vientre lustroso, y, cuando estaba por montar, con el pie zurdo apoyado en el estribo, fue que vio el rastro.

Era una huella pareja, una marca que atravesaba las arenas del río muerto, trepando en suave viboreo su tatuaje uniforme, más allá de la barranca carcomida por las lluvias de los inviernos.

Él la siguió paso a paso, como pisándose la sombra, desandando callado ese misterioso derrotero que como a un ciego, lo conducía sin regreso hacia un final trágico. El rastro se perdía entre las raíces y ramas de una gran mata de algarrobillo*, que resguardaba de las cabras los colgantes rulos de sus vainas oscuras.

Desde Pampa del Pedrero hasta Piedras Blancas, eran tres días de andar parejo, paso y trote.

Al atardecer, al fondo del cañadón, la blanca silueta del puesto le anunciaba el final de la primera jornada de marcha. Una jauría de ovejeros flacos le salió al encuentro, apenas traspuso la tranquera, encabritando al alazán con aullidos y ladridos cortos. Del negro rectángulo de la puerta, apareció el criollo Manuel Morales.

-Pase adelante don Nicolás, qué sorpresa! -atinó a decir el mestizo mientras le ofrecía asiento junto a la tiznada cocina-

-Cómo anda don Manuel, tanto tiempo! -contestó el indio, al tiempo que se sacaba el sombrero y ocupaba un banco bajo, hecho con madera y cuero.

-Qué anda haciendo por estos lados... qué alegría hombre! -se admiraba sin disimulo Morales.

-Vengo de Pampa del Pedrero, de lo de Fernández, de la estancia "La Porfía". Anduve domando unos potros que el gallego tenía para amansar. Ahora estoy pegando la vuelta para la cordillera.

-Sírvasse un mate amigo, que pronto estará el asadito de capón que tengo en el horno -anunció mientras le arrimaba al fuego leña nueva.

Después de comer, hablaron de las cosas del campo.

De inviernos nevadores, del zorro, de la sarna, de esquila y señalada, de largas soledades. Antes que el viento cerrara los párpados del ocaso, el indio Nicolás aserraba un pesado sueño entre cueros grasientos.

Muy temprano se despidió del amigo, ensilló y con un aire dormido en el ala del sombrero, partió empujando a puro caballo las últimas sombras del crepúsculo.

Cuando Manuel Morales entró en la cocina, el paisano Millaqueo era apenas una lejana marca en el pecho cetrino de las mesetas.

Ella lo ayudó a bajar. A la cabalgadura, un salitre manso le coronaba los ijares mustios, cuando la liberaron del jinete. Algo parecido a un temblor, le erizaba el pelaje oscurecido de sudores y ponía tenues lejías en sus pupilas tristes.

-Ya estoy viejo para domar chúcaros... -dijo casi sin voz, mientras su compañera, escondiendo la pena, lo acostaba en el catre. Le frotó el cuerpo con untura de cumtre*. Fue cuando vio su cuerpo desnudo que comprendió que en los ojos de Nicolás Millaqueo, la muerte había empollado sus criaturas funestas.

Ramón

Era media mañana cuando los tres hermanos, que jugaban cerca del arroyo, lo vieron aparecer. Jacinto y Julián se quedaron quietos, presos de la curiosidad por saber quién era ese hombre que saltaba de piedra en piedra cruzando el cauce en dirección a ellos.

Elvira corrió hacia la casa para avisar de aquella inesperada visita.

-Mamá, ahí viene un hombre!...

Cuando María Reumay salió al patio, el recién llegado la miraba con una expresión extraña, como quién regresa desde una honda tribulación.

-Ando buscando a la curandera, -alcanzó a decir con voz apenas audible- vengo desde Las Taguas*... mi mujer está por parir y tiene mucha fiebre... está muy mal, señora...

Con un gesto lo invitó a pasar. Cuando estuvieron adentro, le dijo:

-Debe tener hambre, descanse, coma algo. Cuando recobre el aliento saldremos para su casa -se apresuró a decir la machi,* al tiempo que le pedía a Jacinto que ensillara los caballos para el viaje.

Las Taguas estaba a tres leguas con rumbo norte, entre los repliegues de la precordillera, con una senda por camino, como dibujada entre la vegetación tupida y peligrosos riscales.

En los últimos tramos, casi a tientas, avanzaban llevados por el instinto de las cabalgaduras, acechados de insondables abismos. Marcharon callados, maniatados por un mutismo torturante que les llenaba de arena las gargantas.

Cuando llegaron, ningún sonido denunciaba a la vida. Un candil de luz vacilante esfumó las tercas sombras del rostro de la enferma. Su mirada, hundida en el cieno obsesivo de la muerte, luchaba por mostrar de a ratos su debilitada lumbré, aferrándose a la esperanza como un animal trampeado.

A los pies, entre sábanas sucias, anclado aún por el cordón a su madre, el recién nacido parecía dormir. Un río de tinta azulaba su cuerpecito inerte, ajeno al fatalismo que agostaba la savia de esos senos vacíos, que ya no imaginaba su sed.

La machi se inclinó sobre el recién nacido y con la boca le cortó el tibio lazo. Lo subió hasta sus brazos y salió con él a la hondura de la noche para adentrarse en sus misterios.

El llanto quebró el silencio nocturno, acallando los ruidos de sus criaturas invisibles. De atrás de la casa apareció María Reumay con el niño, destilando aún su piel arrugada las últimas gotas de las heladas aguas de la vertiente.

Abrigado con una manta de lana, lo puso cerca de la cocina. Al calor de los leños, lentamente fue recobrando vitalidad, despertando de su pesadilla, regresado al duro mundo de los mortales.

Cuando volvieron junto a la madre, la encontraron sin vida, con los ojos abiertos, mirando sin ver las ennegrecidas vigas del techo.

Ruperto Martínez contemplaba a la curandera mientras alimentaba al pequeño con leche de cabra. Sumergido en profundas cavilaciones, parecía no estar en aquel sitio, hasta que la voz de la mujer lo trajo desde alejados confines.

-Ahora que se ha quedado solo, cómo hará para criar al niño en esta soledad?
-preguntó la machi sin mirarlo.

-No sé, señora... lo primero es bajar con la finadita a dar parte al destacamento -susurró con el rostro escondido tras las ásperas manos. Por aquí no tenemos parientes... toda la familia de ella está en Chile, -agregó afligido.

Con la criatura en su regazo, sintiendo en el pecho la tibieza de ese ángel silvestre caído desde un cielo impío, la machi dijo...

-Yo me puedo encargar de la guagua* hasta que encuentre quién se la cuide. En casa somos muchos para atenderla... ya conoce dónde buscarla...

Desde los ojos del hombre, una llovizna breve caía hasta humedecerle la manga de la camisa.

Envuelta en cueros, resumida en su propia sustancia, como una crisálida* grotesca, viajaba la muerta hacia lejanos silencios atravesada sobre el lomo del caballo. La machi la seguía a media rienda, con el niño dormido apretado a su vientre, en callado cortejo.

Así marcharon hasta Bajada del Chuncho*, donde cada jinete tomó un rumbo diferente. Hacia el sur, la tarde desleía entre dormidas acuarelas, la difusa estampa de un caballo yéndose...

El encuentro

La camioneta detuvo su marcha, envolviéndola con el polvo fino que parecía empujar desde atrás el pesado andar del antiguo vehículo. Apostada a la orilla del camino, ella esperaba el paso de algún viajero que la llevara hasta el pueblo. Había caminado casi la legua que separa Piedras Blancas de la ruta provincial 146 y hacía un par de horas que aguardaba, atisbando con el oído atento el mínimo sonido que perturbara la prístina calma. De a ratos, el rumor del viento entre los árboles remedaba el ronroneo metálico de un motor en marcha, que de a poco, era tapado por el oculto trinar de algún pájaro.

Abrió la puerta del acompañante mientras preguntaba...

-Va para el pueblo?

Con un ademán de su mano derecha, Emiliano Villaverde le indicó que subiera.

Durante el trayecto, apenas si cruzaron alguna pregunta, seguida de un monosílabo como respuesta.

-Vive por aquí?

-Sí.

-Cómo se llama este lugar?

-Piedras Blancas.

-Hacia mucho que esperaba?

-No mucho...

-Cuántos kilómetros faltan para llegar al pueblo?

-Cuarenta.

Apenas aparecieron las primeras casas del pueblo, la machi dijo.

-Por aquí nomás... muchas gracias! -mientras abría la puerta y se apartaba rápidamente del vehículo.

En el pueblo, Emiliano compró algunos comestibles, cargó nafta y luego de un corto descanso, se preparó para continuar el viaje.

A lo lejos, la figura de aquella mujer parecía llamarlo desde esa quietud de estatua. Pasó al lado de la anciana que espera a la vera del camino, pero un impulso ingobernable le hizo frenar bruscamente y poner marcha atrás, hasta llegar de nuevo junto a ella.

Cuando pudo ver su rostro, algo parecido a una sonrisa le juntaba arrugas en las comisuras de su boca pequeña, disimulando un gesto de picardía. Esta vez no esperó que la invitara. Se subió y sentada junto al conductor, le dijo:

-Me llamo María Reumay... si va para allá, voy de regreso a Piedras Blancas - le indicó señalando con el mentón en dirección al camino.

-Mucho gusto... Emiliano -contestó mientras le estrechaba la huesuda mano a la curandera.

-Qué anda haciendo por aquí? -quiso saber la machi.

-Busco plantas medicinales. Soy profesor en la universidad y necesito muestras para realizar un trabajo -respondió sin sacar la vista del sinuoso camino.

-En esta región están casi todas las yerbas que curan. Hay algunas que poco se las conoce porque crecen muy arriba, montaña adentro, lejos de los lugares que camina la gente -comentó la abuela mapuche* mostrando de pronto una desacostumbrada cordialidad.

-Qué bien! -exclamó Villaverde sin disimular su entusiasmo.

Una gran peña volcánica indicaba el comienzo del sendero hasta Piedras Blancas. Antes de llegar, la anciana le avisó que ahí terminaba su viaje en vehículo. Como último comentario dijo...

-Hasta aquí se puede llegar con la camioneta. Si gusta, mi casa no está lejos, es pequeña pero le puede servir de campamento. Sin tener que moverse mucho, ahí puede cosechar todos los yuyos que quiera para su trabajo. Deje escondida la chata* detrás de aquel peñasco, que es muy raro que pase alguien por ahí.

Para cuando Emiliano Villaverde decidió seguirla, la curandera caminaba encorvada, trepando con agilidad la empinada senda.

Por los ojos del ave

Aquella noche, María Reumay había soñado con el águila. Y en el sueño pudo ver los escondidos territorios del puma.

Desde lo alto, sostenida del vasto océano celeste, escrutó la cueva donde el puma hembra parió tres cachorros.

Maniatados por la ceguera, pasarán lentos días antes de sentir la luz del sol arponear con dardos de colores sus deslumbradas pupilas.

En lo profundo de la oquedad, apretujados buscan a tientas el alimento, guiados por el hambre y los instintos. Gimotean con chillidos breves sus reclamos, aguardando el regreso de la madre que los abrigue del frío de la piedra, a pesar que afuera la primavera expone al clima su perenne policromía.

Son dos hembras y un macho, camuflados con rayas oscuras en el pelaje aleonado, que desaparecerán a medida que crezcan y den paso al definitivo tono, tal vez copiado del coironal andino.

La madre puma ha salido de cacería. Hace tres días que no come y el hambre es como una espina de molle atravesando sus entrañas. Ha esperado la caída de la tarde para salir del escondite y recorrer parte de su ilimitado reino, estirado a los pies de la cordillera. Se la ve flaca, como si la piel le quedara grande. Largas arrugas le caen desde los flancos hasta la panza lacia, de donde cuelgan diminutos pezones rosados.

Aún así, puede llegar a pesar cincuenta kilos y ser capaz de transitar días enteros sus dilatados dominios.

Desde el aire, el águila la ve marchar cautelosa, husmeando en el viento los olores que reconoce desde una antigua y perdurable memoria, atávico legado de su índole felina.

Después de abandonar la madriguera, olisqueó largamente un mogote de lava endurecida, antes de rociarlo de orín asperjado desde algún sitio oculto de su sexo. Descendió luego al lecho seco de un arroyo, marcando con el molde de su rastro repetidas flores de cinco pétalos en los suaves repliegues del arenal asoleado.

De un solo salto trepó la barranca de la orilla, para desaparecer entre una tupida maraña de zarzales.

Pero no sólo pudo ver por los ojos del espíritu guardián. También escuchó la voz del águila que le llegaba de lejanos espacios, de un ámbito remoto, pero al mismo tiempo tan cercano que parecía venir de su propia garganta, como un eco que reproduce extraños sonidos al chocar con sus huesos, y luego saltar intacto por el aire callado. Era como saber lo que iba a escuchar y asombrarse de que en realidad sucediera.

No siempre el guardián hablaba. En ocasiones eran apenas indicios lo que encontraba la vieja machi para descifrar luego el sagrado mensaje: un sueño, avistar el vuelo altísimo del ave, una pluma caída, eran la evidencia rotunda que la chamana debía interpretar adecuadamente.

Lanzada en veloz picada, el ave detuvo el brusco descenso a centímetros del suelo, iniciando un suave planeo hasta las ramas desnudas de un árbol muerto. Una vez posada, dijo...

"Cuando abandonen a la madre, las dos hembras se mudarán pronto a nuevos campos. El macho marchará solitario hacia escondidos parajes, buscando marcar y defender su terreno. Comerá carne de animales extraños y lo matarán una noche sin luna. El que lo mate le sacará de su mano izquierda la garra más grande y con ella se hará un amuleto. Eso pasará dentro de siete veranos, a contar de este instante. Y el débil cachorro que ves, crecerá hasta tener casi dos brazadas del hocico a la cola y pesará tanto como el hombre que tomará su espíritu".

Cuando abrió los ojos, sintió que una brisa helada caía de los altos picachos, tiritaba en las copas de las lengas, doradas en ese minuto por el fulgor de un sol que presentía trepado a la espalda del bosque impenetrable. De los apretados maderos del techo, un aire amarillo colgaba sahumando de luz su figura de arcilla.

Ruperto Martínez devuelto a la montaña

Como untados de una luz aceitosa, pintados gauchos jugaban al truco en aquel viejo boliche cordillerano, entre cañas fuertes y palabras gruesas. Acodado en el mostrador, el bolichero movía sus ojos cansados entre los jugadores y la cuadrada pupila de la ventana, por donde veía a la nieve extender su fina sal, molida entre las rocosas mandíbulas de la montaña. Una bruma espesa opacaba los relieves del paisaje dormido, acentuando los grises de la piedra lastimada de intemperie, huérfana de todo amparo de ese sol atrapado en su exilio.

Era media tarde cuando la puerta se abrió y dejó pasar a Ruperto Martínez. Empujado por un aire frío que a los paisanos les movió el ala del sombrero como en un parpadeo, les entregó sin aviso su figura de aparecido, mojado hasta los huesos. Como un estremecimiento fugaz, les recorrió la espalda a los arrieros.

Dio un par de tacazos para sacarse la nieve de las botas, se quitó el sombrero con barbijo* y con paso lento se aproximó hasta el mostrador.

-Buenas, don Pardo, una cañita por favor...

-Qué te trae por acá, muchacho? -inquirió el bolichero para luego continuar- Con esta nevada ni las cabras abandonan los corrales!

-Ando a la siga de unos yeguarizos que le robaron al patrón los Valenzuela... si no doy con los animales los pasarán nomás para Chile- dijo el criollo mientras se sacaba con la palma de la mano los restos de nieve de sus ropas- Luego de un pequeño silencio, preguntó:

-Habrá algo para comer... como para calentar el cuerpo...

-Acomodate por ahí que ahora te preparo algo para que pongas debajo del bigote - le respondió el viejo en tono jovial.

Mientras lo miraba comer se animó a decirle.

-Por qué no esperás hasta mañana... pasá la noche y descansado, de día se ven mejor las cosas...

-No, don Pardo... si sigue la nevada se tapanán los rastros... es mejor que siga... si no por ahí los pierdo.

La estampa del jinete se fue empequeñeciendo hasta que la pertinaz ventisca se la tragó con su boca de hielo. Sólo sus huellas -como una estirada cadena- sostenía su marcha hacia lo profundo del clima, atada fuertemente a uno de sus extremos al enterrado palenque del boliche.

En la alta montaña, la tempestad fermenta su limo portentoso, poniendo cargas de piedra en el cañón del trueno. Despeñada en avalanchas, desmorona su fragor adormecido por las laceradas aristas que mueren mansamente en el embrión potente de los ríos, en sitios donde sólo el viento de las cumbres pisa descalzo la virgen geología.

Abajo, la formidable mole prolonga su volcánica musculatura encerrando en abrazos gigantescos abrigadas depresiones, para que la nieve deposite su polen silente en la resignada corola de los árboles.

Y como escapados de ese colosal vientre ígneo, pasan los torrentes despialando el estruendo de su propio cataclismo, respondiendo, como un ciego animal, al llamado irresistible del mar lejano.

Ruperto Martínez conoce como nadie esos caminos. Mientras cabalga, regresan a su memoria campesina, erguidos cipreses en los límites del arroyo rumoroso. La leñosa espesura del chapel,* escondiendo el claro verdor de los mallines* andinos. Ejércitos de colihues* alzando sus bayonetas al cielo en cañaverales inexpugnables. El monte de ñires, espeso como niebla. La mutisia*, anaranjada o lila, como una cucarda* colgada al pecho umbroso del bosque, salpicando en el verde sus luciérnagas.

Hombre de la montaña, se recuerda buscándole la hebra a los faldeos pedregosos, acompañado por el resoplar acompasado del caballo y el duro cencerro de los guijarros al caer hacia hondos despeñaderos.

Reconoce el seco sonido de la bandurria,* perforando con su pico curvo el aire dormido de los valles. Y el parloteo interminable del choroí,* mostrando a la mañana abigarrados colores. O cuando la diuca* cincela en la cascada su espina de agua, saturada de espuma su líquida garganta.

Pero todo eso ocurre en otras estaciones. No con esta nieve que todo lo transforma, que todo lo transfigura, que lo barre con su ramalazo helado.

El rastro de los cuatreros era apenas una tenue muesca en la senda escarchada. Aquí y allá aparecía, para dejar largos espacios en la piel resbaladiza de las laderas, antes de mostrar de nuevo su difusa impronta. Una cerrazón densa, apretaba la cabeza del caballo contra el aire oscuro del desfiladero, aprisionando al jinete entre las angostas paredes de áspera carnadura y las abiertas fauces de sus precipicios.

Ruperto Martínez no mira. Sólo presente esos peligros con la mirada fija en sus pierneras* de cuero de chivo, como el límite más lejano que reconoce su cuerpo entumecido.

Desde la grupa, un viento cortajeado por los cuchillos de las cumbres le sopla sus lamentos, mezclando relinchos viejos, gritos de arrieros, ladridos de ovejeros, con funestos resposos sacados de la boca hundida de los muertos.

Casi por instinto buscó un hueco en la arenisca desnuda. Un alero excavado por la persistente carcoma de vientos y lluvias por siglos, le sirvió de guarida. Con un poco de lana sacada del recaó* y excrementos de animales que ocuparon alguna vez su misma morada, pudo encender un pequeño fuego, alimentado por ramas que fue encontrando escondidas bajo el hielo. Afuera, el caballo soltaba un vapor que lo cubría entero, una resolana menuda que lo envolvía en su espejismo y lo transportaba más allá de los ojos entristecidos de su amo.

Plantas que curan

Atardecía, cuando desde el angosto sendero, apareció Emiliano cargando su cosecha de yuyos. Depositó la carga casi a los pies de la anciana al tiempo que intentaba algo parecido a un saludo. Ella lo miró fingiendo desinterés, atizando con el meñique el fuego de su pipa.

-Qué le parece mi primera recorrida? Preguntó mientras separaba y colocaba entre papeles de diarios los vegetales recién cortados.

-No está mal por ser la primera vez, pero se me ocurre que no servirán como medicina. Las plantas que son remedios deben estar maduras para que sirvan para curar -dijo la machi con la mirada puesta en las montañas, coronadas por el oro de un sol moribundo.

-Cómo que deben estar maduras, doña María? Qué quiere decir con eso?

-Una planta está madura luego que florece. Como te dije, si una planta no florece no tiene propiedades medicinales -aseguró la paisana.

-Y de éstas, cuáles han florecido?

-Por la altura del año en que estamos, yo diría que ninguna -contestó la curandera mientras se alejaba en dirección a la cocina.

Apenas anocheció, cenaron en silencio esperando ambos que el otro iniciara alguna conversación. Fue la machi la que casi al descuido dijo...

-No me hagas caso, Emiliano... si querés secar y llevarte esos yuyos, no hay problema. A veces me olvido que la gente de ahora usa otro tipo de medicina para curar sus males. La mía sirve para mejorar a los paisanos y paisanos vamos quedando pocos...

-No, doña María, no es eso. Lo que pasa es que nuestros tiempos son diferentes. Yo no puedo esperar hasta que las plantas florezcan para cosecharlas... no puedo, debo regresar a la universidad, me entiende?

La anciana no contestó. Un prolongado silencio los separó hasta que Emiliano Villaverde levantándose dijo...

-Buenas noches señora, hasta mañana.

-Hasta mañana...

Ella se quedó quieta, hasta que la luz del candil empezara a parpadear su sueño. Algo como un ruego salía de sus labios arrugados empujando un susurro breve. Su sombra, reflejada por la tenue lumbre, se fue estirando, cambiando de forma, hasta alcanzar la figura de un águila que al levantar vuelo se llevó su hechura humana.

Cuando despertó, los ruidos que llegaban desde la cocina le anunciaban que la anciana hacia rato que estaba levantada. Mientras se preparaba unos mates, le pareció oportuno interrogar a la curandera.

-Dígame doña María, cómo sabe usted que una planta tiene propiedades medicinales?

-Porque las conozco una por una. Es la primera cosa que enseña una machi cuando elige a la que será con el tiempo su sucesora. Después viene la forma de preparar el remedio y el modo de dárselo al enfermo.

-Pero existen algunas que son tóxicas... digamos... venenosas... cómo las distingue?

-Entre un veneno y un remedio lo único que cambia es la cantidad. Todo remedio, en el fondo, es veneno.

-Digamos, la dosis...

-Eso... todo remedio cuando empieza tiene efecto de veneno. Al principio el enfermo se siente peor... luego viene la mejoría y finalmente la cura.

-Por qué me habla a mí sobre las plantas que curan y no a algún miembro de su familia? -inquirió de pronto, para continuar con otra pregunta... Quién será el aprendiz que seguirá con su tarea?

La anciana pareció pensar la respuesta. Al final dijo...

-Yo le enseño de plantas que curan a los que saben de plantas. Nadie le enseñaría a uno que nada entiende... eso sería como perder el tiempo. En lo que queda de mi familia, por desgracia, ninguno nació para chamán -sentenció la paisana con un dejo de resignación.

-Y cómo hará para encontrar a su sucesora, sabiendo que dentro de su propia familia nadie nació con ese don?

-Y ese es el problema! Antiguamente todo era natural. Con la llegada del blanco se fueron perdiendo los viejos conocimientos y los chamanes se volvieron cada vez más escasos. Antes, si se podía elegir, era preferible un nieto a un hijo... era mejor, más seguro. Pero si no se consigue entre la gente paisana, se debe recurrir a un extraño.

-Cualquier extraño?

-No Emiliano, no cualquiera... debe tener ciertas condiciones naturales. Pero de eso hablaremos en otro momento- dijo la machi mientras salía al patio con un brillo distinto en sus ojos.

En los días que siguieron luego de aquella charla, apenas si pudo ver a la anciana. Cada vez que Emiliano intentaba un acercamiento, ella, como si supiera de antemano, encontraba motivos para evitar el encuentro. Preocupado por ese repentino cambio en la conducta de la curandera, decidió enfrentarla para averiguar las razones de su actuar distante.

-Por fin la encuentro! -alcanzó a decir antes que la machi lo viera llegar. Necesito hablar con usted, doña María!

-Te escucho -respondió ella sin dejar de lavar la lana de oveja que limpiaba antes de hilar.

-No se cómo decirlo... quisiera saber si está enojada conmigo. Tal vez hice o dije algo que la ofendió, señora, yo...

-Nada de eso pasa -lo interrumpió con tono severo, mientras terminaba de secarse las manos en la falda. Cada cosa ocupa un sitio y tarde o temprano lo que está fuera de su sitio regresa a su lugar....

-No entiendo lo que me quiere decir -protestó tímidamente. De todos modos, mañana pienso salir temprano... y no quería partir sin despedirme, señora...

Una infinita tristeza le nubló la mirada. Algo muy oculto, como el nacimiento de una premonición largamente demorada, le anudó en la garganta sus nudosas raíces. Apenas podía ver a la vieja paisana atrapada en una leña temblorosa, hablarle sin mover los labios, con la cabeza puesta de costado, como suelen mirar las aves a su presa.

Desde esa bruma, la voz de la machi le decía...

-Ya sabía de tu viaje... te pude "ver" dándome la espalda y eso significa partir, Emiliano. También sé que regresarás... pero deberás volver despojado de toda tu vida pasada, dispuesto a recibir las antiguas enseñanzas de mis antepasados, hasta convertirte en un chamán. Por ser un extraño, sólo podrás ser un chamán blanco, un medio chamán, porque hay cosas que nunca podrás conseguir. Tienes un tiempo para despedirte de tu mundo anterior, pero no demores más de lo debido que esta puede ser mi última lucha, antes que el espíritu guardián se lleve mis huesos a su nido.

Cuando arrancó el motor de la camioneta, Emiliano miró por última vez la frágil figura de la anciana, que parecía deshacerse arrastrada por un viento repentino.

Raíces

Hasta los doce años, Ramón pasaba sus vacaciones en Piedras Blancas luego de permanecer en el Internado del pueblo durante el ciclo escolar. Cuando terminó la escuela primaria, pasó a ser la única compañía de la abuela paisana, que escondía su misteriosa presencia en ese ignoto paraje, a orillas del Arroyo del Coipo.

Y fue creciendo, mimetizado entre las cosas simples con las que la vida campesina amasa su barro memorioso, amamantando desde la soledad sus trágicas criaturas.

Y le fueron naciendo preguntas que la anciana dejó de responder hasta que la estatura del muchacho andaba cercana a los límites del hombre.

Una tarde, mientras miraban saltar a los peces intentando atrapar insectos al vuelo, quebrando el frágil cristal del oscuro remanso, la voz de Ramón, como salida de enterradas angustias, preguntó...

-Abuela... cuándo me vas a contar sobre mis padres?

-Ya te lo dije... cuando seas grande -le respondió sin demostrar demasiado interés-

-Y bueno, ya casi tengo dieciocho... soy grande, no?

La machi, con la mirada ausente, parecía regresar con el pensamiento a recuerdos guardados en los hondos repliegues de la memoria, para sacar a la luz del día, como resucitados, esos restos de historias, salvados de la muerte.

-Tu madre murió cuando te tuvo... ni siquiera supe cómo se llamaba -recordó la anciana con un hilo de voz. Tu padre me vino a buscar y fuimos... pero ya nada se podía hacer... la fiebre la había consumido...

-Y dónde está enterrada, abuela...?

-No lo sé... tu padre se la llevó en el pilchero*... él bajó hasta el destacamento y nosotros nos volvimos para acá... Ellos vivían en Las Taguas... supongo que cerca de ahí puede estar sepultada...

-Y mi padre ? -inquirió después de un corto silencio.

-Según cuentan... se perdió en una nevada... andaba a la siga de unos animales... y nunca más se supo de él... dicen que unos arrieros lo encontraron mucho tiempo después al fondo de un precipicio... estaba entero, como dormido... y parecía sonreír... dijeron.

Ramón Martínez permaneció callado, con los ojos fijos en el salto de los peces que llenaban de círculos ondulantes la piel del agua. Luego, mirando el perfil aguileño de la curandera, dijo casi en un susurro...

-Quiero que "veas" los sitios donde descansan mis padres, abuela! Necesito saber dónde están... quiero ir a verlos!...

La anciana movió la cabeza, como aceptando un designio insoslayable. Sin pronunciar palabra, tomó la senda que la llevaba de regreso a la casa. A mitad de camino, sintió que Ramón le apoyaba la mano en el hombro, diciéndole...

-Abuela María... necesito que me ayudes!...

-Hijo... si de mí dependiera hace cuánto que lo sabrías! -se animó a decir la machi- Pero debemos esperar a que el águila dé su señal... si el espíritu guardián lo dispone, pronto me hará llegar ese mensaje. Puede que en sueños me hable. O tal vez me llame al pie del árbol sagrado para hacerme conocer su voluntad. La llamaré en sueños para que me haga "ver" dónde descansan tus padres... todo dependerá de cuál sea tu destino, Ramón...

-Y si el águila no responde? -preguntó angustiado.

-Entonces será que tu destino quiere que las cosas queden tal cuál están... no todo lo que uno quiere logra en la vida... no todo. Debes ir comprendiendo eso...

Esa noche, en sueños, María Reumay "vio" los sitios donde los padres muertos de Ramón esperaban que los zumos de la tierra, arrastraran la savia de sus huesos, hasta el oscuro limo de enterradas raíces.

En reiteradas ocasiones Ramón le reclamó a la anciana. Ella, con diferentes excusas fue postergando la decisión de guiar al muchacho hasta los lugares donde estaban sepultados sus progenitores. Sabía la machi de lo doloroso de aquel viaje, pero al mismo tiempo entendía que era el único modo de quitarle a su criado esa torturante congoja.

Una mañana, mientras Ramón la saludaba besando su ajada frente, acariciándole las mejillas, le dijo...

-Dejá todo acomodado que mañana haremos un viaje... andá preparando los caballos que saldremos no bien despunte el alba... tenemos... calculo, tres leguas y media hasta el cañadón donde descansa tu madre. Esa será la primera jornada. Después nos llegaremos hasta los riscales que llevan al despeñadero por donde cayó tu finado padre -se animó a decirle mientras lo miraba con infinita ternura.

Cuando llegaron a la hondonada, el mediodía caía como un hachazo de luz sobre el monte callado. Apenas un cúmulo de piedras redondas delataba a la solitaria tumba, como apretando contra la tierra resignada la porfía del alma de la muerta por escapar de su regazo de tinieblas.

Ramón Martínez se quedó largo rato montado, hasta que la anciana le estiró la mano invitándolo a apearse. Un aire bajado de las montañas nevadas le arrugaba con su sople helado, el bruñido cuarzo de su mirada.

Después de un lastimoso silencio, incorporándose la vieja paisana dijo...

-Vamos... m'hijo... vamos...

Marcharon hasta Las Taguas, cargando la tristeza como una niebla oscura trepada a las grupas de las cabalgaduras, desandando la poco transitada huella, mirando de tanto en tanto por sobre el hombro, temerosos de ser tocados por la muerte.

No fue tarea fácil llegar hasta la última morada de Ruperto Martínez, el padre de Ramón.

Con rumbo N. O., dejaron atrás Las Taguas y desafiando insondables peligros, se internaron en el hondo misterio de la montaña, animados por un atávico reclamo, venido desde lo más remoto de la sangre.

Atardecía cuando al fondo de una profunda quebrada, apareció la rústica cruz hecha de palos, que anónimos trashumantes clavaron en el escarpado lecho, como la más lejana y escondida de las misericordias.

Antes de subirse al caballo, la abuela paisana dijo...

-Ahora que sabés donde duermen tus padres, es bueno que los vengas a ver de vez en cuando... no los olvides... ellos saben avisar si descansan en paz o si el espíritu vaga sin consuelo por el modo en que murieron -aseguró la machi mientras con agilidad se trepaba a la montura. Luego de un breve mutismo, continuó...

-Ellos murieron muy jóvenes... y sus muertes no fueron naturales, como se mueren los demás paisanos... por decir... de viejos o por enfermedades. No dejes de elevar un rezo de cuando en cuando, m'hijo...

De la sepultura de la madre, nunca se dijo nada. Si dicen algunos arrieros que pasaron por la quebrada de la cruz de palos, que de noche una luz recorre el erial, como buscando en las grietas la boca del muerto para encender la yesca de sus huesos descarnados.

Segundo encuentro

Más de un año tardó Emiliano Villaverde en regresar a Piedras Blancas.

Abrumado por encontradas sensaciones, volvía a los mágicos territorios de la chamana, desprovisto de todo su pasado, guiado por un oculto llamado que le trepanaba las sienas con una vibración salida de sus propios huesos.

Un relámpago que le ponía de fuego la garganta con su fósforo breve y subía como lava por su sangre hasta fundirle la memoria.

Algo parecido al miedo y al olvido, un aire doloroso y sin embargo placentero detenido en algún recodo de la mente, liberaba de pronto su fuerza desconocida. Y él se dejaba llevar, aletargado por un sopor atrapante que en su traslúcida atmósfera, alineaba los imprecisos límites de inalcanzables mundos.

Ella le había dicho que cuando fuera tiempo de regresar, un sentimiento parecido a la melancolía lo envolvería con su resolana untosa y el vuelo de un águila en sus sueños sería la señal para su partida.

Y ahora que trepaba el angosto sendero que lo llevaba hasta la casa de la machi, aún podía ver el vuelo del ave atravesar con reflejos dorados el alto cielo de sus sueños.

María Reumay parecía estar esperando su llegada. Sentada junto a la pequeña ventana, hilaba lana retorciéndola contra el escondido muslo que se presentía tras la pollera larga y rústica. El huso*, esa diminuta rueda de roca volcánica adherida al extremo de la vara, garabateaba una escritura indescifrable sobre el piso desparejo, amontonando en su vientre hinchado, la redonda madeja.

Cuando se abrió la puerta, los ojos de la anciana se achicaron hasta ser apenas dos hendijas por donde la luz entraba, para salir luego transformada en un resplandor brillante, coronando con destellos dorados su cabeza.

Se miraron largamente, hasta que Emiliano decidió ir a su encuentro y abrazarla.

Pasaron algunos días antes que la chamana le hablara de comenzar con las enseñanzas. Fue una noche después de comer que le dijo de salir a dar un paseo por las montañas. Irían -según ella- hacia el oeste, hasta un paraje defendido por sólidas paredes de roca viva, lo que hacía penoso el tránsito por aquellas inhóspitas regiones.

Cuando emprendieron la marcha, el día tibio desperezaba los brunos celajes de las cumbres, mostrando a los ojos del caminante la majestuosa acuarela de la cordillera nevada.

Recién al mediodía hicieron un alto para descansar y comer unos trozos de charqui* que la curandera sacó de su mochila.

-Comé... es carne de caballo salada y secada al sol... comer carne de caballo da energía -dijo al notar un dejo de desconfianza en la cara de Emiliano-

-Masticala despacio... hasta que se vuelva tierna en la boca antes de tragarla. Este alimento es sagrado... es la carne de una yegua sacrificada en las rogativas y se la charquea de un modo diferente porque es para dar fuerza al espíritu más que al cuerpo. Luego que la comas no sentirás cansancio ni hambre y podrás caminar por horas sin que te venza la fatiga. No tomes agua hasta que yo te lo diga... no falta mucho para llegar, hagamos el último esfuerzo.

Al reiniciar la caminata, el muchacho experimentó una sensación de bienestar y vigor que le llenaba el pecho con una alegría hasta entonces desconocida. Nada quedaba de aquella agitación que parecía ahogarlo a cada tramo de la empinada senda, ni la transpiración que lo humedecía entero hasta traspasar sus ropas, cuando sus músculos soportaban el desacostumbrado ejercicio. Una brisa intermitente le soplabla su frescor en la cara y hasta tuvo ganas de preguntar, luego de marchar callado desde que partieron con el amanecer recién pintado de nuevo.

-Qué venimos a buscar, doña María?

-Hongos -respondió la machi sin dejar de caminar señalando el rumbo-

-Qué clase de hongos -quiso saber Emiliano-

-Unos que necesitarás para poder cruzar el límite que separa a los vivos de los muertos-

-No entiendo qué quiere decir con eso -se apresuró a preguntar, mientras un temblor se apoderaba de su cuerpo.

-No te apures... ya hablaremos sobre ese asunto -dijo la chamana tranquilizándolo.

Un crepúsculo pálido agonizaba detrás del acerado filo de los altos picachos, inclinando hacia el naciente las sombras de los árboles. Poco a poco la tarde se hundía en solapadas oquedades, presintiendo el frío de la noche cercana. Al este, como contenidos por un horizonte líquido, los restos del día extendían sobre la distancia sus quillangos*, armados con retazos de cobre.

Señalando un lugar resguardado del viento andino, María Reumay anunciaba el final del camino.

-Aquí haremos noche -dijo mientras descargaba la pesada mochila. Bajo este árbol podremos descansar sin que los dueños del monte se molesten con nuestra presencia. Hay que pedir permiso al dios de los árboles para caminar sus senderos y tomar del suelo algunas de sus cosas. Andá buscando un buen sitio para dormir, un lugar que te sea propicio, así podrás tener buenos sueños -le recomendó la chamana, escondiendo un gesto de malicia.

Al poco rato, Emiliano Villaverde dormía profundamente.

Sueño con felinos

Primero fue como el rumor del viento bajando desde las altas copas de los árboles. Después de minúsculos silencios, algo, como el crujir de ramas quebradas, le llegaba desde algún sitio cercano, pero inubicable. Hasta que las pupilas luminosas del puma alumbraron su miedo. Y lo vio saltar, arquear en el aire su robusta musculatura y caer sobre su cuerpo inerte como una avalancha de sombras oscuras.

Sintió cómo las poderosas mandíbulas apretaban su cuello hasta asfixiarlo, destrozando vértebras, mientras las garras tajaban la carne en hondos surcos. Él intentó una vana defensa. Un zarpazo, luego otro y otro, fueron desmembrando su cuerpo hasta convertirlo en un guiñapo sanguinolento.

Como si el cuerpo no le perteneciera, veía a la fiera comerle las entrañas desgarrando a tirones sus vísceras, acezando un aliento fétido. Sin poder moverse, sentía cómo el puma roía sus huesos sacudiendo de a ratos su hocico ensangrentado. Todo parecía ocurrir fuera de su cuerpo, pero a la vez tan entrañablemente cercano que hasta creyó ver cómo el animal lo arrastraba hasta un zarzal tupido para esconder lo que quedaba de él. Sintió la tierra que el felino amontonaba con sus patas traseras, antes que una larga quietud le hiciera comprender que se había marchado.

Entonces trató de incorporarse para huir de aquella prisión, escapar de esa muerte ominosa que no sentía como propia y que lo anclaba en la quietud de un mundo extraño. Pero ni un solo músculo obedeció la orden salida de su cerebro obnubilado. Un antiguo temblor, un sismo desnudando su subterránea furia, emergió de pronto reventando su tormenta de alaridos.

Cuando Emiliano abrió los ojos, la cara de la anciana era una máscara grotesca que lo contemplaba deformándose.

-He tenido un sueño terrible -atinó a decir, mientras se secaba el sudor del rostro con el dorso de la mano.

-Seguro que ha sido una pesadilla, muchacho -se adelantó a predecir la machi.

Mientras él le contaba lo que había soñado, la chamana lo contemplaba fingiendo interés. Luego de escuchar atenta, dijo...

-Es un lindo sueño! Deberías estar contento... soñar que el espíritu guardián come tu carne y entierra tus huesos es el anuncio... ahora empieza tu verdadero camino, Emiliano.

-Cómo puede ser un lindo sueño si un puma me comía vivo! Qué clase de espíritu guardián mata a su protegido? -Protestó.

-Es que no era tu espíritu guardián quién te visitó anoche.

-Entonces quién fue? -quiso saber.

-Fui yo... -contestó al tiempo que le acariciaba la cabeza.

Luego de permanecer callado largo rato, Emiliano se animó a preguntar.

-Cómo puede ser un anuncio si usted misma reconoce haber provocado esa pesadilla?

-No te apures, muchacho... todo vendrá cuándo tenga que venir!. Es parte de tu aprendizaje "soñar" que el puma te mata y despedaza, para luego enterrar tus huesos. La verdadera señal vendrá cuando sueñes que tu espíritu guardián los desentierra.

-Y será de nuevo usted, doña María...

-No Emiliano –contestó en tono serio - serán los chamanes muertos. De ellos recibirás los poderes.

-No entiendo cómo podrán darme poder los chamanes muertos!

-Por decirlo de algún modo...-trató de explicar la paisana- si llegas a ser un hombre con poder, un nuevo chamán, los poderes te los dará Nguenechén* a través de los chamanes muertos. Pero no te preocupes en entender... ya llegará ese tiempo –dijo la machi mientras apagaba el fuego con tierra y le indicaba con un ademán que era tiempo de reiniciar la marcha.

Caminaron hasta el medio día, bajando y subiendo cuestras, entre lengas achaparradas que estiraban sus carnaduras de saurio sobre la roca viva y desnudos murallones calcinados de intemperie. Al naciente, una planicie lacia extendía su pelambre rubia hasta confundirse con la oscura curvatura del horizonte, límite incierto de un mar azul y distante.

María Reumay se detuvo de pronto. Contempló la fornida mole de piedra oscura que aprisionaba entre sus dos mitades un angosto desfiladero y estirando su brazo en dirección al paso, dijo...

-Hemos llegado.

El sitio sagrado

La enorme roca, partida en dos mitades, parecía descansar posada sobre el rastro que dejó su propia caída desde la filosa cresta basáltica en algún remoto cataclismo. Paradas al borde del abismo, sus duras aristas verticales, formaban el perfecto pasadizo por donde la luz prístina de la montaña alumbraba con destellos tornasoles los contornos afilados de las cumbres andinas. Saturada de sombras, la piedra esperaba cada medio día un sol caído a plomo desde el centro exacto de un cielo desflorado, para iluminar ese altar de los dioses paisanos, cuando bajan a encontrarse con sus criaturas terrestres.

El pasaje está orientado de sur a norte, escondido entre peñascos desnudos que ocultan del ojo humano su secreta existencia. Sólo un viento menudo sabe pasar a veces acamando con su silbo, la soledad del musgo entre los riscales*.

-Es aquí donde encontraremos los hongos que buscamos? –quiso saber Emiliano, mientras trataba de obtener una respuesta por sí mismo, mirando con atención el paisaje circundante.

-No –respondió secamente la anciana que parecía distraída siguiendo el vuelo de un águila, que remontaba las corrientes vigorosas del aire, como un dardo de obsidiana lanzado en ese espacio ilimitado por una mano portentosa.

Después de ver que el ave desaparecía sobrepasando en su vuelo las cercanas estribaciones, María Reumay depositó en el suelo su carga. Con gesto serio le señaló una piedra laja para que la usara de asiento, mientras se ubicaba frente del sorprendido acompañante.

De la mochila extrajo un trapo rojo que al extenderlo sobre su falda, dejó ver una pulida pipa de arcilla cocida. De entre sus ropas sacó algo parecido al tabaco y luego de cargarla, la encendió. Se la alcanzó al muchacho ordenándole...

-Fuma!

Emiliano Villaverde la tomó entre sus manos y preguntó receloso...

-Yo no fumo... señora! Qué es lo que me está dando?

-No tengas miedo –trató de tranquilizarlo la machi- Ese humito te ayudará en tu primer viaje al país de los espíritus. Cuando puedas "viajar" por tu cuenta, ya no lo precisarás... fuma despacio... despacio... eso, así!

A medida que aspiraba el humo, sentía un insoportable ardor en el pecho, una sensación de ahogo que lo asfixiaba y le producía un inaguantable deseo de vomitar. Todo comenzó a girar a su alrededor y una niebla espesa lo fue envolviendo hasta hacerle perder la conciencia.

Poco a poco esa cerrazón opresiva fue pasando sobre su cuerpo inerte, dejando espacio a un espectro de colores brillantes que herían sus pupilas dilatadas. Todo parecía estar suspendido de un cielo dado vuelta, sin tamaño ni formas, sujeto al aire enrarecido por una fuerza extraña y poderosa. En los bordes de esas imágenes difusas, flecos de luz ondeaban disipando la naturaleza de las cosas que estaban más allá de ese caos deslumbrante.

Sentía, más que ver, estrechos laberintos por donde avanzaba a tientas, en medio de un silencio que le dolía, más en los ojos que en la memoria, tropezando con sólidos muros que desaparecían al contacto de sus manos temblorosas. Así anduvo por inubicables regiones, hasta que una gigantesca ola de sombras, lo sepultó en un mar de tinieblas.

Cuando abrió los ojos, nubes bajas cruzaban el firmamento diáfano llevadas por los vientos helados de la cordillera. Por un instante sintió que era él quién se movía arrastrado por el peñasco que se precipitaba a insondables honduras, bajo ese cielo inmóvil.

La senda del chamán

Cuando despertó, ya la anciana había abandonado la casa. Mientras mateaba, fue ordenando las preguntas que pensaba hacerle cuando regresara. Recién al medio día la vio aparecer, tan silenciosa como se había ausentado. Al verla, la curandera dijo...

-Buenas, dormilón, cómo has amanecido?

-Mal, doña María! Casi no pude pegar los ojos! –respondió sin convicción-.

-Menos mal! Qué hubiera pasado si los pegabas! –se burló ella, al tiempo que depositaba sobre la mesa gajos de una hierba olorosa-.

-Qué es? –quiso saber Emiliano, cortando una hoja y llevándosela a la boca para probarla. Apenas la mordió, hizo un gesto de desagrado.

-Qué cosa amarga! Cómo se llama este yuyo?

-No sé cómo se llamará en tu libro de nombres raros... aquí los paisanos la conocemos como cachuhuecu,* o yerba del diablo. Se usa para el dolor del costado... es muy buena, aunque escasa. Hay que caminar mucho para encontrarla.

-Pero es tan amarga!

-Toda planta amarga es casi siempre remedio. Nada dulce cura... recuérdalo!

-Es que aquí existen vegetales que no figuran en los libros! Es imposible acordarse de todos!

-El aprendiz debe tener memoria... paciencia, terquedad y memoria! –monologó, antes de desaparecer tragada por la boca cuadrada de la pieza.

Sin verla, siguió escuchando su voz...

-El que quiera dedicarse a este oficio, no debiera tener otra ocupación. Tendría que ofrecer todo su tiempo, su vida... todo! Por eso ya es hora que te olvides de tus libros, de tu tonta existencia y te decidas de una buena vez a caminar la larga senda del chamán! –dijo saliendo de la oscuridad con una expresión extraña- En su rostro, las arrugas habían desaparecido barridas por la tensión de los músculos faciales y en la mirada, la dorada figura de un águila amagaba soltar vuelo.

Pero sólo fue un instante. Cuando giró la cabeza hacia Emiliano, su cara había retomado su habitual compostura y una mirada llena de lejanías la regresaba de nuevo a este mundo. Mirándolo, preguntó...

-Qué otra cosa quieres saber?

El brusco cambio en el comportamiento de la curandera lo tenía desconcertado. Eran cada vez más frecuentes y hasta le parecía que ella los provocaba adrede para incomodarlo. Algo molesto se animó a preguntar...

-Por qué algunos males no tienen cura, señora?

-Las enfermedades de los blancos las trajeron los blancos, por eso nuestra medicina no sabe curarlas... por eso los paisanos mueren. De otra manera vivirían hasta llegar a viejos. Como pasaba antes...

-Pero antes también la gente moría! –retrucó sin vacilar-

-La gente común se muere pronto porque busca a la muerte; no hay que andar buscando a la muerte. Ella nos encuentra cuando ha llegado nuestra hora... ella solita nos encuentra. Viaja detrás de cada hombre pisándole la sombra, sin hacer ruido. Por eso los chamanes no tenemos sombra, porque nos hicimos amigos de la muerte; ella viaja "adentro" acompañando nuestro camino, hasta que al final el espíritu guardián recoja esos huesos tristes y arme con ellos su nido en el árbol sagrado -sentenció María Reumay como quién en vez de hablar, pensara.

-Cómo se puede saber si una persona no tiene sombra? Todos hacemos sombras, seamos chamanes o no!

-No es tan simple como lo imaginas. Yo "veo" los que otros no ven, aunque estemos mirando la misma cosa, entiendes?

Emiliano meneó la cabeza y se quedó mirando el suelo, como si quisiera ver su propia sombra. Luego de un breve silencio dijo...

- Entiendo... doña María...

Esa noche la machi anunció que partirían al amanecer. Que irían –dijo- al sitio sagrado para realizar el rito de iniciación que tanto había esperado. Que se preparara para quedarse tres días solo en ese apartado lugar de donde regresaría transformado. Quiso seguir con las preguntas, pero ella lo interrumpió ordenándole...

-Ahora no preguntes más... todo lo que tengas que saber "lo sentirás" en tu cuerpo, en tu espíritu! No hables... hasta que yo te lo pida... entiendes? Hasta mañana, se despidió.

Aún con los últimos restos de la noche colgados de los árboles, iniciaron la marcha. Al naciente, lentas desolaciones salpicaban las nubes con la sangre de un sol recién degollado por el horizonte. Una dilatada llanura estiraba su manto silvestre, hasta juntar sus bordes con los meandros de los ríos cordilleranos que desenrollaban sus lonjas de plata, poniéndose herrumbrosos de distancias.

Al oeste, la cordillera elevaba su colosal muralla, empequeñeciendo la naturaleza de sus criaturas terrenas. Lentamente treparon sus escarpadas laderas hacia el altar de piedra, sahumados por los inciensos de un viento lacio, que se repartía en virutas de música al cortarse en las agudas agujas de cuarzo.

Cuando llegaron, la machi sacó de su mochila unas ramas, con las que barrió el lugar de la ceremonia y "limpió" el aire abanicando rítmicamente el manojo de hierbas. Por algunos instantes se quedó inmóvil, contemplando ese cielo azul y hondo, como quién espera la llegada inexorable de una certeza. De pronto se volvió hacia Emiliano que la miraba inquieto y dijo...

-Desnudate!

El muchacho vaciló un segundo. Luego preguntó.

-Desnudarme?

-Sí, sacate la ropa!

-Toda?

-Sí, toda!

Con un ademán le indicó que se sentara y luego que se acostara sobre la fría roca. Ella tendió una pequeña manta a su lado y también se acostó. Permaneció quieto en esa postura que ya empezaba a resultarle incómoda, cuando sintió la áspera mano de la vieja posarse sobre la frente y de un solo golpe de viento, llenarle los ojos de tinieblas. Sentía en el rostro el peso de un águila aleteándole sombras, abismándolo en un remolino que se llevaba toda su energía hacia un inasible territorio, lejano y desconocido.

Prisionero de un vértigo ominoso, se veía caer hacia hondos precipicios, para trepar luego hasta inmedibles alturas, empujado por una fuerza extraña que no parecía tener origen en su conciencia. Lentamente fue perdiendo poder, tornándose al final una placentera marea que lo llevaba y lo traía en un acompasado flujo y reflujo.

Se vio tendido sobre un lecho de río muerto escuchando la voz de María Reumay que le llegaba como desde un sueño...

"Cada chamán tiene su propia canción, que sólo él puede cantar. Yo te enseñaré esa canción para que te acompañe en cada cosa que hagas en tu vida y será tu contraseña para poder entrar en el mundo de los chamanes muertos. Nadie más puede repetirla, porque si eso pasa, perderás tus poderes. La aprenderás y cuando regreses de este viaje podrás cantarla, y serán palabras incomprensibles para los demás."

Quiso responderle pero ni un sonido escapó de su boca. Como si esa arena de cauce dormido, se le hubiera metido debajo de la lengua y le tapara con piedras diminutas la garganta. Desde su inubicable morada, la voz de la machi se oía clara...

"Cuando regreses al mundo de los vivos, deberás sobrevivir tres días con sus noches a los ataques de los malos espíritus. Sólo tu canción te protegerá de esos enemigos. También deberás vencer al frío de la noche, al viento helado de las cumbres, al hambre, al sueño... y al puma! que será tu espíritu guardián recién cuando puedas arrancarle la garra con la que harás tu amuleto."

Cuando parecía que la voz de su maestra lo abandonaba en aquel extraño paisaje, una canción nunca escuchada resonó en sus oídos, con palabras que su memoria guardaría en el rincón más oculto de su corazón.

La partida

Ramón Martínez subía por el camino que lleva a la casa.

Sentada frente a la ventana, desde donde se podía contemplar los valles que sirven de cauce al arroyo, la anciana lo divisó apenas dobló el recodo que sigue el dibujo de la orilla y se estrecha contra los palos acostados en hileras de los corrales.

Vio su estampa de hombre fuerte, moldeado a golpes de intemperie en los rigores de esa tierra cruel y hermosa, que engendra sus criaturas con la salvaje génesis de su designio insondable.

Ese niño desvalido, huérfano de toda ternura, desterrado de la vida, que un día llegó a sus manos, es el hombre que encamina sus pasos hacia lo que intuye, será su último encuentro. En su índole de madre, un desasosiego antiguo le pone cerrazón en la mirada; algo parecido al desamparo le llena de vientos su corazón paisano, y siente que una pequeña muerte suelta sus culebras de humo en la garganta.

Se abrazaron en silencio. Cuando pudo verle la cara, se dio cuenta que el hombre lloraba. Apartándose, dijo...

-Abuela María, vengo a despedirme. Me voy de puestero a lo de Galarraga... el otro día hablamos en el boliche de Pardo y nos pusimos de acuerdo. No me quería ir sin avisarle...

Ella lo miraba sin responder. Parecía sorprendida. Aprovechando una pausa, al fin habló...

-Ya lo sabía... te soñé y me dabas la espalda la otra noche... Pero ya sos un hombre y es bueno que elijas tu camino. Igual me pone triste que te vayas, m'hijo!

-No me voy para siempre, abuela! Es por un tiempo... aquí ya somos muchos ahora con Emiliano...

María Reumay se acercó, le acarició el rostro curtido y como quien suspira, susurró...

-Que Elchén* te proteja!

Y lo vio vadear el arroyo seguido de sus perros y perderse tras los peñascos oscuros. El caballo le pedía rienda levantando el testuz girando levemente la cabeza, como queriendo mirar por última vez ese paisaje y despedirse de la querencia donde había nacido. El jinete aparecía de a trechos, como salido de la piedra y fue empequeñeciendo su figura hasta volverse un punto oscuro que trepaba los faldeos para desaparecer tragado por el perfil brumoso de las serranías.

Ella se quedó mirando la distancia. Poco a poco sus ojos indios se fueron achicando y buscaron un sitio en sus sienas plateadas. Su nariz aguileña se fue afinando hasta tomar la forma de un pico poderoso y cubierta de plumas negras, elevó su cuerpo transformado en águila hasta sobrepasar en su vuelo las doradas crestas de las lengas.

Ramón marchaba al paso, eligiendo por donde intentaría hacer pasar a su caballo, en esa pendiente llena de abismos. El recuerdo de la muerte de su padre le echaba ají en la memoria y un miedo dormido parecía despertar de pronto hasta ponerle sabor a desierto en la boca reseca. Sabía que si cruzaba sin novedad esos cordones, una estirada llanura lo esperaba para repecharla con el aire puro de la cordillera tiritando su frío en el ala del sombrero, pisando matas olorosas que subirían su perfume hasta los ijares* sudorosos, sahumando la sombra cansada del viajero.

Todavía le quedaba cruzar el río pedregoso en donde se angosta, antes de doblar con sus aguas claras rumbo al sur. Una vez vadeado, al pisar la otra orilla, estaría en las tierras del vasco Galarraga, su nuevo patrón.

En la lejanía, el puesto apenas destacaba su presencia contra el gris oscuro de la montaña. Levantado a puro barro y piedras, sus desiguales paredes sostenían los rústicos maderos de las vigas, donde descansaba la hechura de un techo pobre. Al llegar ese forastero, el rancho pareció dejar su máscara de tapera* y una brisa de vida jugueteaba en el ladrar breve de los perros. Cuando desensillaba, el vuelo rasante de un águila le obligó a agacharse para no ser embestido por el ave. La vio sobrevolar los corrales abandonados y elevarse hasta desaparecer tras de los cerros.

–Esa es mi abuela María! –se dijo a sí mismo, antes de entrar a su nueva morada.

Atinó a tirar unos cueros en el suelo, antes que el cansancio del largo viaje lo maniatara con un sueño profundo.

Despertó de madrugada. Los perros soltaban en la penumbra pequeños aullidos de lobo reclamando por su amo. Cuando abrió la puerta, entraron atropelladamente, demostrando su alegría con saltos y lengüetazos. Entonces recordó que no habían comido y que ese puesto de la estancia "La Comarca" no tenía hacienda. Él también tenía hambre y la poca galleta dura que quedaba, la compartió con sus fieles compañeros. Por lo menos una quincena tardaría en llegar el arreo y hasta entonces se las arreglaría con lo que pudiera cazar o pescar en el río. Ya había pasado por situaciones parecidas y a pesar de su juventud, se consideraba un criollo baquiano, hombre nacido y criado en esa región de inviernos nevadores, bosques impenetrables, vientos inclementes, que modelan el alma de sus hijos con la sabiduría de nodriza campesina.

Apenas el sol entibió el aire de la mañana, ensilló y salió seguido por el trote cansino de los perros. Un pajonal alto levantaba su pelambre cobriza hasta rozar la panza del caballo, como un mar dorado, dormido luego de una tempestad misteriosa. En los claros de la llanura aparecían los perros, cada vez más inquietos, hasta que de nuevo el coironal los tapaba con su maraña rubia. De vez en cuando alguna perdiz soltaba su pequeña catapulta de plumas, lanzada en un vuelo breve por encima de los pastos.

Era casi mediodía cuando vio a los perros perseguir a un avestruz, que con ágiles cabriolas, intentaba alejarlos del resto de la cuadrilla. Animó al zaino* con un taloneo suave. El animal parecía estar esperando esa señal. Con un galope armonioso siguió a los ladridos de los cazadores que arrinconaban al ave contra un peñón de rocas oscuras, robusta formación volcánica atravesada en la desesperada huida del choque.

Por unos instantes desaparecieron atrapados por las sombras azabache del enorme peñasco. Cuando creía que había perdido la presa, el avestruz apareció

justo en frente de su cabalgadura. Parecía agotado, pero aún mantenía a una buena distancia la alocada carrera de los valientes ovejeros. Desató las boleadoras y las lanzó cortando en lonjas redondas el azul de un cielo distraído. Cuando se apeó, el ojo abierto del muerto, repetía la maravilla de la cordillera, en ese espejo de agua caída.

El regreso

Cuando entró en la casa, una oscuridad obstinada porfiaba por cubrir de sombras las siluetas de las cosas deslumbradas por esa catarata de luz que desbordaba el marco de la puerta. Desde un rincón, los ojos de la anciana parecían brasas suspendidas en el aire espeso. Sólo esos ojos con destellos extraños que lo miraban sin un parpadeo, delataban la presencia de la machi, amparada en un halo saturado de tinieblas.

Permaneció callado contemplando como hipnotizado esos diminutos fuegos, hasta que la voz de la curandera lo sacó de trance.

-Te estaba esperando -dijo – mientras recuperaba su forma humana a medida que la claridad tocaba su cuerpo esmirriado. Parecía otra. La encontró distinta, como aquellos seres que vemos después de una larga ausencia. Ella pudo leerle el pensamiento.

-No muchacho, el que está cambiado sos vos! - lo sorprendió, antes de agacharse a buscar un trozo de leña para la cocina. Sin apuro, puso un plato con comida en la mesa y con tono suave le pidió...

-Come... debés estar muerto de hambre.

Emiliano Villaverde masticaba lentamente, con la mirada perdida en algún lejano espejismo. Sentía como si todo lo que sucedía a su alrededor le era ajeno. Que era sólo un testigo circunstancial de esos acontecimientos y que cuando dejara atrás ese cansancio que lo obnubilaba, nada de todo aquello recordaría. Un debilitamiento crónico lo empujaba hacia un sueño cada vez más pesado, acercándolo al hondo pozo que lo llamaba desde su sima tenebrosa. Apenas hilachas de conciencia lo anclaban a la realidad que estaba y desaparecía en un oleaje torturante, presintiendo en todas las regiones de su cuerpo lo inexorable de esa capitulación.

Lo último que alcanzó a escuchar fue la voz de la chamana que lo llamaba, antes de caer en la trampa del sueño, después de tres noches sin dormir.

Era casi de noche cuando Emiliano despertó. Lo supo por la tenue luz que se filtraba por debajo de la puerta, un tajo perfecto en la oscuridad que lo envolvía. Se incorporó sintiendo aún sus músculos anquilosados. En la cocina la machi hilaba una lana astrosa,* que subía hasta su muslo magro, como un humo delgado y sucio.

-Has dormido un día entero, muchacho! –se admiró la paisana, mientras dejaba a un costado el huso preñado de urdimbre-

-Tanto! abuela? –preguntó incrédulo-

-Es que tenías muchas cosas para contarme... –respondió ella con ironía- Por eso tardaste tanto en despertar... -concluyó-

Aturdido, trató en vano de ordenar sus pensamientos. Al fin, algo molesto inquirió:

-Usted me quiere hacer creer que dormido le conté todo lo que me pasó en la montaña?

-Yo no te quiero hacer creer nada! Nada tienes que creer de lo que yo te diga... deberás comprobarlo por vos mismo... a ver si de una buena vez me entiendes!

-Bueno... señora... -balbuceó, antes que la anciana lo interrumpiera:

-No me digas señora! Así me llamas cuando te enojas por algo... pero esta vez no tienes motivo, Emiliano!

Con la mirada puesta en la hondura de la noche, María Reumay comenzó a relatar uno a uno los sucesos que Emiliano Villaverde había protagonizado en el sitio sagrado. Habló de los ruidos que le ponían de piedra la garganta; las sombras que lo perseguían arañándole con las espinas del miedo la espalda; su voz llamándolo desde distintos rumbos sin poder encontrarla; la canción que aprendió en sueños y que lo salvó de las garras del puma cebado que quería su carne de alimento; el frío, el viento aullando presagios, el hambre, el temor a dejarse vencer por el sueño y ser presa de esos enemigos invisibles que lo acosaban desde inubicables escondrijos. Hizo una pausa y girando su cabeza hacia Emiliano, preguntó:

- Qué más quieres saber?

Cada vez que respondía sus preguntas, tenía la sensación que la anciana se estaba burlando de él. Por respeto nunca pudo exteriorizar ese sentimiento que lo ponía al borde del rencor. Admiraba la sabiduría de la vieja paisana, su poder para vencer las dificultades que el hombre común encontraría insoluble; el "ver" las cosas de este mundo donde la criatura humana muestra a cada paso su ceguera.

Era su maestra. Un atávico mandato, venido desde algún perdido rincón de su cerebro, le ordenaba ser tolerante, entrar al conocimiento despojado de toda importancia, renunciando a cualquier vínculo que lo atara a su pasado. Como en otras oportunidades, la machi pareció leer sus pensamientos...

-Ay, ay... Emiliano! tantas dudas! hasta cuándo piensas seguir con tus leseras? Ya no te queda tiempo para andar dudando... pronto tendrás que enfrentar el gran desafío –sentenció- Si quieres abandonar este camino, será bueno que te marches ahora... después del encuentro con el que será tu espíritu guardián, ya no habrá regreso ni arrepentimiento, entiendes?

-Es que a veces dudo... siento que no estoy preparado... que aún pertenezco al mundo donde fui formado; que hay cosas que no alcanzo a comprender, que nunca podré superar mis miedos –se sinceró, sintiendo que se despojaba de un gran peso-

-A los miedos hay que dominarlos, sentir que andan con uno, pero que uno es el patrón que manda y ellos obedecen -se apresuró a decir, antes que una sonora carcajada le juntara todas las arrugas de la cara en los extremos de la boca-

Antes que el desconcertado aprendiz de brujo pudiera interponer alguna protesta, la curandera continuó...

-En cuanto a las cosas que no entiendes... ya entenderás! ya entenderás! –concluyó, observándolo de costado, como suelen mirar a su presa las aves cetreras*.

El puesto de Márquez

Así le llamaban al sitio donde fue a parar Ramón Martínez con sus perros. Era la última "población" hacia el poniente que tenía "La Comarca," esas leguas de campos quebrados que heredó el vasco Javier Galarraga de su padre, el finado don Francisco, poblador de aquellos parajes desde principio de siglo. El puesto de Márquez estaba habitado sólo para las veranadas,* cuando con la primavera, la hacienda trepaba hasta los primeros contrafuertes cordilleranos en busca de valles con pastos nuevos, abandonando los abrigados cañadones del invierno, exhaustos de tanta pezuña y pastoreo.

Zona de interminables llanuras, encontraba repentino límite en escabrosos territorios sembrados de rocas volcánicas, con lenguas tortuosas que mantenían en su memoria de árbol, el violento tatuaje de pretéritos sismos. Altos murallones sostenían un cielo pálido, garabateado por el vuelo altísimo de los cóndores, marcando con su carbonilla el mapa indeleble de sinuosos desfiladeros.

Dicen que el puesto tiene ese nombre por un chileno que murió de frío mientras campeaba* unos animales por esas laderas traicioneras. Cuentan que una nevazón lo sorprendió mientras lidiaba por hacer bajar un piño* extraviado. Ya resignado a su suerte, buscó abrigo en una cueva, guarida de pumas y gatos salvajes, hasta que se durmió vencido por el cansancio y la muerte lo tocó con su mano de escarcha. Salieron a buscarlo y alguien dijo que el puestero pensaba cruzar la cordillera, tal vez llamado por un amor lejano.

-Lo hubiera dicho antes! –carajeó uno de la partida- y regresaron...

Lo encontraron después de medio año, comido por las alimañas. Las aves de rapiña despielaron esos huesos llenos de olvido, hasta blanquear con una sonrisa macabra la oscura boca de la caverna.

Pero aquello había ocurrido hacía más de treinta años, demasiado tiempo para Ramón Martínez, el joven puestero que ahora se ocupaba de cuidar esa parte del campo de Javier Galarraga. Estaba contento con su trabajo, a pesar de esa soledad obstinada, que de tarde en tarde le soplaban su mínimo viento, avivando las brasas de la melancolía.

Salía a recorrer su territorio, apenas el crepúsculo abría su enorme párpado rojo, para regresar a media tarde, al paso del caballo, como arrastrando sombras que bajo del estribo pisoteaban los perros. Desensillaba.

Unos mates, mientras en la cocina la carne asada soltaba su aroma campesino. Darle de comer a los cansados ovejeros y, a dormir temprano, que mañana se repetirá la historia, en una rutina interminable.

Pero no pudo dormir. A pesar de la fatiga, una preocupación se interponía entre su mente y el sueño. Había encontrado una oveja muerta y ya era la tercera en una semana!

-Debe ser el zorro –se dijo a sí mismo intentando tranquilizarse- Mañana voy a poner unas trampas... cuando el "colorao" le enseña a matar a sus cachorros, sabe dejar el tendal, el maldito!... no creo que sea el puma... he visto rastros, pero arriba, cerca de las cuevas... por ahí le hago una llegada para ver qué encuentro en esas madrigueras. Es difícil verlo... como buen gato duerme casi todo el día... sale

recién a la tardecita... de noche caza y toma agua en el arroyo... sé ver las marcas que dejan sus patas en la arena... Ese también sabe hacer mucho daño cuando tiene cría!... pero debe ser el zorro –quiso convencerse – cerrando los ojos en un desesperado esfuerzo por llamar al sueño esquivo.

Y se durmió de madrugada, arropado con los cueros de ovejas que le sirven de cobijas...

Pasaron los días sin que ningún acontecimiento modificara su tranquila existencia, entretenido en repuntar la hacienda, arreglar algún alambrado, buscar leña para el puesto, o recorrer las trampas.

Sólo a veces, el recuerdo de un nombre querido le clavaba sus espuelas invisibles en el bajo vientre y todo su cuerpo se caldeaba como atrapado por las lenguas de fuego de esos incendios que devoran lejanas poblaciones de nubes tras el horizonte. Entonces la soledad hacía sonar su moscardón de viento desmemoriado, hasta ser una dolorosa espina de sal en los oídos.

En alguna ocasión, cabalgó las once leguas que lo separaban del pueblo, para encontrar en las caricias de una mujer desconocida, el efímero cántaro donde calmar tanta sed.

Cuando volvía, el perfume de ese amor furtivo lo acompañaba por el largo camino, como el trino cautivo que de pronto se escapa entre los alambres de la pajarera. Era una música pequeña, un aire fresco aromado por todas las esencias del monte dormido, elevando por sobre el jinete su bálsamo silvestre. Y su corazón mestizo, sentía ese mínimo gozo, una fina llovizna que le entraba por los ojos hasta mojarlo entero. Pero eso ocurría sólo de vez en cuando!

Esa noche, ladridos y relinchos fueron la señal que algún peligro inquietaba a los animales. Se vistió en la oscuridad y buscó a tientas la carabina que de un clavo colgaba en la pared de la pieza. Cuando salió, una luna pálida alumbraba derramando su fría leche por los corrales. Las ovejas se amontonaban intentando huir de un enemigo poderoso, que las atemorizaba con su hedor carnicero y las paralizaba con el duro diamante de sus pupilas asesinas. El estampido trizó el aire quieto. Un remolino de pezuñas soltó su viento redondo estacionando en la penumbra su escoria de estiércol y balidos. Algo parecido a una sombra saltó la cerca del corral y desapareció seguida por los perros que aullaban impotentes persiguiéndola. Luego de una larga carrera, regresaron. Uno se lamía la herida que tenía en la pata. El otro lo miraba inquieto, como buscando compañero para reiniciar la cacería.

Cuando el silencio juntó de nuevo todos sus pedazos, tres ovejas muertas esperaban que Ramón Martínez volviera del rancho con el cuchillo para cuerearlas. En los charcos de sangre, la luna se pintaba la cara.

El espíritu guardián

Emiliano Villaverde volvía con dos truchas que había pescado en el remanso que forma el Arroyo del Coipo cuando tuerce su rumbo, estirando su ribera sur hasta dejar una estrecha lonja de tierra entre sus aguas rumorosas y los corrales.

Lo había intentado una y otra vez sin resultado, hasta que Ramón le reveló el secreto.

-Tenés que hacer un señuelo como los bichos que comen las truchas -le había dicho. -Esas moscas o avispas que cazan al vuelo cuando saltan del agua... como ésas...

En la cocina, María Reumay fumaba su pipa. Ensimismada en lejanos recuerdos, algo más que el humo envolvía su rostro de cera, cercado por una aureola celeste que parecía salir de su propia cabeza. Sin moverse, como si la voz no saliera de su boca, Emiliano le oyó decir...

-Anoche soñé con tu espíritu guardián... lo he visto!

-Con qué ha soñado? -preguntó fingiendo no comprender, mientras depositaba las truchas sobre la mesa.

La machi no respondió enseguida. Le dio largas pitadas a su pipa de arcilla, antes de continuar...

-He visto al león* "cebarse"* con las ovejas... anoche anduvo carneando! Hasta ahora mataba por hambre... para comer... pero anoche degolló a tres animales por gusto... por hacer daño nomás! Esa era la señal que esperaba...

-Qué señal, doña María?

-Hace tiempo, antes que aparecieras, el águila me "hizo ver" a tu espíritu guardián. Me habló de tu llegada y cuál sería la señal cuando fuera tiempo para que encontraras a tu protector. Vi la cueva donde la puma parió sus cachorros; dos eran hembras y un machito que iba a crecer hasta alcanzar el peso del que sería su cazador. Dijo también que comería carne de animales extraños y lo matarían una noche sin luna.

-Quién lo matará?- quiso saber.

-Vos, Emiliano, quién más! -respondió con firmeza.

El soplo helado de un escalofrío le recorrió la espalda. Un temblor creciente se apoderó de su cuerpo, como si dos manos descomunales lo sacudieran aferrándolo de los hombros, hasta ponerlo al filo de la inconciencia. Aunque quiso gritar su miedo, ni una sola palabra pudo dejar de su boca de estatua. Intentó caminar hacia ella pero sus músculos parecían no reconocer el mensaje de su cerebro turbado.

Sintió la mano huesuda de la anciana posarse en su brazo. El se dejó llevar entregado al poder de esa tiniebla que lo inmovilizaba, maniatado por los hilos de saliva de esa araña tenebrosa. Como desde un recuerdo, la machi le hablaba...

-Nadie podrá ayudarte... tendrás que hacerlo solo... a cuchillo! Será una noche sin luna... tendrás que aprender a mirar con los ojos del puma si querés salir vivo de ese encuentro en la oscuridad. Si tenés el suficiente poder para matarlo, le sacarás la uña del medio, la más grande de la pata delantera izquierda y harás con ella tu amuleto... si puedes matarlo, también será tuyo el espíritu del animal! El puma será tu espíritu guardián, Emiliano!

De a poco, todo volvió a tener sentido. Pálido, con las rastros del trance vivido aún surcando su rostro demacrado, la miró esperando algún comentario. Ella fumaba su pipa con la mirada azulada por el humo que la envolvía en su torbellino color cielo. En esa penumbra, un destello dorado derretía su bronce sobre su figura espectral, que parecía sostenerse del aire embalsamado donde los dioses paisanos guardan sus secretas artesanías.

Todavía presa de un debilitamiento que sentía extenderse por todo su cuerpo, al ver que la curandera dejaba el sitio desde donde había hablado, con las pocas energías que le quedaban, se animó a vencer el desgano que lo adormecía y pudo preguntarle...

-Es necesario que tenga mi amuleto para ser chamán, abuela?

-Sí m'hijo... es necesario, esa es tu fuente de poder! –aseveró la machi-.

-Acaso usted necesitó matar al águila para tener su espíritu guardián? –inquirió-.

-No hizo falta... yo vengo de antepasados chamanes... mi abuela fue la que me pasó su conocimiento. Vos serás, si pasás la prueba del puma, un chamán blanco... por eso debés conseguir tu protector de ese modo, muchacho... no hay chamanes en tu historia, Emiliano! Has comprendido?

-Sí, abuela... –contestó resignado-.

Pero él tenía más preguntas que hacer y una vez más la vieja paisana le adivinó el pensamiento. Antes de abandonar la cocina, inquirió...

-Que más necesitas saber?

-Cuándo será, doña María?

-Yo te avisaré cuándo... no te preocupes... mientras tanto repite tantas veces como puedas la canción sagrada, hasta que se grave en tu memoria! Que la puedas cantar a pesar del miedo... aunque te quedes mudo! Debes poder cantarla con los sentidos! estoy segura que la necesitarás cuando te enfrentes a tu destino. Por ahora es lo único que te hace diferente de los demás mortales... después tendrás tu amuleto y la protección de tu espíritu guardián!... entonces todos te llamarán uámenk*!

-Por qué me llamarán así? Qué significa esa palabra? –la interrogó lleno de curiosidad.

-Así le llamaban los tehuelches del sur al curandero. Es una palabra vieja, casi olvidada que sabía decir mi abuela, cuando me enseñaba el oficio.

-A su abuela le llamaban uámenk, doña María?

-No. Uámenk se le decía a los hombres... ella era uámenkshon*... chamana!

-Entonces también es usted una uámenkshon, doña María!

-Ay! Emiliano, qué inteligente eres!! –se mofó la anciana antes de desaparecer tras de la puerta-.

Y la vio bajar costeano el arroyo, perderse tragada por la arboladura de los corrales dormidos, reaparecer trepando la ladera de los cuarzos blancos, hasta encontrar el borrado camino que lleva a la tumba de Nicolás Millaqueo, su marido y sentarse junto al muerto a esperar que cuente la repetida historia de la piedra que camina.

Ella, como siempre, le sonrío con tristeza. Sabe quedarse pensativa mirando esas rocas violetas de intemperie, hasta que el difunto se exilia en su mutismo y ella regresa, como un aire negro, en el vuelo de las águilas.

Segundo sueño con felinos

El sueño se repetía casi todas las noches. Esa pesadilla parecía perseguirlo con su anunciado estigma, persistente como la gota que golpea y golpea, hasta horadar la dura coraza de la piedra. Él sabía que el sueño lo transportaba hasta donde el felino lo destrozaba a zarpazos, comía su carne palpitante y bebía la sangre que abandonaba su cuerpo inerme. Hasta sentía cómo el puma lo arrastraba hasta las ramas del zarzal y lo escondía cubriéndolo con tierra!

Pero anoche el sueño ha sido diferente. El puma ha regresado a desenterrar sus huesos! Ha sacado lo que quedaba de su comida y la trasladaba a otro escondrijo. El podía ver las poderosas mandíbulas levantar sin esfuerzo la carga y trepar con ella hasta la rama más alta y robusta del árbol que le servía de escondite. Un vértigo oscuro hundía sus pinzas de cangrejo en el vientre, al ver desde lo alto, un manchón de tierra umbría, húmeda y oscura, que imaginaba sería el final de su caída. Se sentía golpeado por la respiración acelerada del puma, que jadeaba su aliento agrio de carnicero, apenas a un jeme* de su cara. De pronto se sintió liberado. Lo vio saltar y caer sin ruido en ese claro del monte y desaparecer en la espesura. Entonces comprendió que ya no le asustaba la presencia del felino. Que su miedo era caer desde esa altura desconocida y terminar muerto al chocar contra el suelo. No sentía las piernas ni los brazos. Sin ellos, era imposible intentar el descenso. De a poco, comenzó a sentir que su cuerpo se movía. Primero fueron pequeños corrimientos de su piel contra la rugosa corteza del árbol. Después, entrecortados deslizamientos que precedieron a la caída definitiva. Un alarido lacerante acompañó a su cuerpo, o lo que quedaba de él, hasta que cayó con horrible estrépito. Como rescatándolo de esa muerte absurda, la voz de María Reumay le llegaba desde subterráneas latitudes. Cuando despertó, la chamana le secaba el sudor de la frente con su pañuelo y le demostraba alegría con una sonrisa salida como de milagro de esa boca baldía.

-He soñado con el puma, abuela! –alcanzó a decir, antes que la machi lo interrumpiera-

-Sí, Emiliano, ya lo sé... siempre sueñas con el león!

-No... pero esta vez soñé que desenterraba mis huesos... que los llevaba a otro sitio...

-Sí m'hijo... esa es la señal que estaba esperando! –exclamó la anciana sin ocultar su júbilo-

Al ver que ella parecía no entender, intentó explicarle lo que le ocurría.

-Este sueño fue diferente... no sentí miedo, doña María! Ni cuándo cargaba con mis huesos! Veía al puma tan de cerca que su aliento lo sentía en la cara! Pero no tenía miedo... no fue como la primera vez que se me apareció... ahora parecía protegerme... sólo sentí temor cuando se subió al árbol!

-Todo está saliendo bien, Emiliano! –se regocijó - Es bueno que el puma no te haya rechazado... él no hubiera aparecido en tus sueños si no quisiera ser tu espíritu guardián! Ahora todo depende de vos, de tu coraje para vencer las dudas, del empeño que pongas para alejar de tu mente las cosas de tu mundo anterior... del modo que intentes dominar a tus miedos!

-Sólo sentí miedo cuando él se trepó al árbol! –insistió-

-Justamente... esa parte del sueño significa que aún dudas!... ese miedo no es ya por el puma... no le temes a él... ese miedo viene de vos mismo, de tus debilidades! Te falta el último tramo del camino... el más dificultoso! No queda tiempo para andar dudando... ya te lo he dicho!... estoy segura que podrás lograrlo, m'hijo –aseguró con tono firme la chamana-

Emiliano no respondió. La contemplaba con la resignación de quien acaba de escuchar una sentencia ineludible. Contrariamente a lo que le había pasado en otras ocasiones, se sentía sereno, animado por una energía extraña que no parecía pertenecerle. Y en un relámpago, fueron pasando como recuerdos, esas imágenes fantásticas del puma arqueando en el salto su figura perfecta, para luego caer sobre la presa con la plasticidad única que le da su índole felina; las garras destructoras, asegurando el cuerpo inerte de la víctima, para que las poderosas mandíbulas trituraran huesos y girones de carne, antes de ser engullido por su enorme boca.

Lo veía lamerse los remos ensangrentados, acicalando su pelambre con la prolijidad de un gato doméstico, satisfecho después de una buena comida. Con la última visión, lo miró saltar del árbol y desaparecer escondiendo en la maleza su magnífica estampa.

Desapercibido de la presencia de la machi, regresado de hondas cavilaciones, el aprendiz de chamán preguntó casi en un murmullo...

-Cuánto falta para el encuentro con el espíritu guardián? –

-No mucho... no mucho! No te preocupes... como ya te dije... yo te avisaré cuando llegue el momento –lo tranquilizó la curandera- aprovecharé este tiempo de espera en memorizar tu canción sagrada... es tu único poder, recuerda! Y se alejó rumbo al arroyo, para no escuchar el canto que Emiliano Villaverde iba a entonar con los ojos cerrados.

Cuando regresó, él dormía apoyado sobre la mesa. Esas horas entonando el monótono canto lo habían vencido. Recién cuando tuvo preparado el mate, lo despertó con un leve zamarreo en el brazo.

Restregándose los ojos, medio dormido aún, preguntó...

-Qué hora es?

-Es hora que te dejes de preguntar leseras*! –replicó la anciana simulando enojo- aquí las horas las marcan el sol o la luna... el día o la noche... todos sabemos cuándo es hora de dormir o cuándo es hora de comer, o de hacer cualquier otra cosa, sin necesidad de reloj... ese amigo tuyo no te avisará cuando sea hora de tu encuentro con el puma, o cuando los Padres Azules te reclamen, cuando mueras!

-Estoy muy cansado, abuela, no sé bien lo que digo... –se disculpó mientras se sacaba el reloj de la muñeca-

-Hombre flojo! Cómo podés estar cansado... cómo se nota que no sos mujer! Las paisanas no sólo teníamos que cantar, sino tocar el cultrúm* días enteros, hasta que la música nos adormeciera y nos llevara en vuelo con los chamanes muertos. Había canciones en las dos lenguas que se hablaban aparte de la

"castilla"... la de mi abuela materna era de los tehuelches del sur; por el lado de la familia de mi padre, se cantaba en mapuche los taeles* de las rogativas.

-Y cuándo terminaba el aprendizaje, abuela?

- Pasado un año, debíamos demostrar nuestro poder en un machitún* o cualquier otro rito parecido. Si pasábamos la prueba, había una nueva chamana. Si fracasábamos, la vieja machi nos abandonaba para siempre! Pero eso nunca ocurría... siempre había una señal que marcaba al que nacía con destino de chamán. Porque lo elegía el espíritu guardián... porque tenía algún defecto físico... porque estuvo al borde de la muerte y se salvó... por ser varón con apariencia de mujer... o por ser medio tonto, como vos! –se burló, con una carcajada que parecía desarmarle el pecho-

La miró alejarse presa de las sacudidas involuntarias que le provocaba esa risa repentina, seguida por el humo oloroso que como un fantasma deshilachado, salía de su pipa. No estaba enojado. Se sentía abandonado en el más estéril de los desiertos.

Emiliano y Ramón

Una llovizna pertinaz mimetizaba en su urdimbre líquida los definidos relieves del paisaje cordillerano. Ese estambre de lluvia menuda, parecía caer de un cielo pequeño, que apenas alcanzaba la estatura de los árboles. Acotada hasta un tiro de piedra, la claridad dejaba ver la difusa silueta de los corrales cercanos. Había llovido toda la noche y esa cerrazón saturada de grises, presagiaba el reinado del agua, más allá de los límites del día. Detrás de esa pátina cenicienta, el verano maduraba en silencio su vino fragante.

La vio aparecer de la lluvia y trepar el último tramo de la pendiente, flotando en una resolana que por momentos deformaba su rostro enjuto, con hechura de alfarería. Destilando desde sus trapos oscuros restos de lluvia, dijo...

-Traigo buenas noticias, Emiliano! En sueños, el águila me pidió que fuera hoy al pie del árbol sagrado. De ahí vengo. No podía verla, pero escuchaba su voz claramente.

-Qué fue lo que dijo? –preguntó sin poder disimular cierta inquietud-

-Habló sobre tu espíritu guardián... dijo que tenés que marchar lo más pronto posible a su encuentro... que él te está esperando... que no debés demorar, muchacho!

-Qué más dijo, abuela?

-Muchas cosas... pero no preguntés más porque no puedo decir más de lo que ya te dije... preparate para cuando deje de llover... entonces te diré qué rumbo tomar... andá eligiendo caballo, recaó y los vicios* para un viaje largo, Emiliano!

Para cuando quiso intentar un reclamo, la anciana lo había dejado solo en la cocina. Se arrimó a la ventana y entre las lágrimas que derramaba el cristal, pudo ver cómo la llovizna seguía agujereando el aire puro de las montañas con las espigas del agua. Sin pensarlo, murmuró entre dientes...

-Ojalá no pare nunca de garuar!

Y comprendió que tiritaba en aquel templado atardecer de febrero.

Como había pasado un tiempo atrás con Ramón, lo vio vadear el Arroyo del Coipo y perderse tragados -jinete y caballo- por las fauces descomunales del peñascal andino. Y como en aquella ocasión, a la machi se le escapó el mismo ruego...

-Qué Elchén te proteja!

Con el rumbo que le había fijado su maestra, Emiliano Villaverde cruzó esos cordones que atravesaban sus espinazos recios a su paso, estirando hacia el naciente filosas crestas de saurios. Imaginaba esa planicie desplegada hasta el límite azul del río pedregoso, alfombrando el lomo achatado de la meseta con su pastura rubia. Pero primero había que sortear con ánimo sereno, las trampas que le tendía el sinuoso camino.

Recién para el mediodía dejó atrás las estribaciones y comenzó un trote liviano por la vasta llanura, guarnecida aquí y allá por fortalezas de roca volcánica, que contrastaban su negra mole, contra el dorado fondo del coironal dormido. El aire traía lejanos rumores de montañas altas y nieves eternas, que esperaban la pupila cansada del trashumante para asombrarla con su maravilla. Manchones de montes se aferraban a las pendientes rocosas, como pequeños líquenes azulados por tanta lejanía. Y en medio de esa quietud sobrecogedora, la figura del puesto mostraba al día moribundo su rústico encanto.

Los ovejeros salieron a su encuentro con ladridos que mezclaban alegría y recelo, hasta que Ramón Martínez apareció en la puerta del rancho para llamarlos a sosiego. Evidenciando el cansancio por la larga travesía, Emiliano se apeó y llevando al caballo de las riendas, fue al encuentro del puestero. Por distintas razones, no había amistad entre ellos. Tal vez por ser tan diferentes. O, como les decía la vieja paisana... "de puros celosos que son, nomás!".

Pero en esa despiadada soledad, los dos hombres entremezclaron sus tribulaciones en un apretado abrazo. El primero en reaccionar fue Ramón, que a modo de saludo inquirió...

-Que sorpresa! Qué anda haciendo por acá, don Emiliano?

-Vengo por un encargo de la abuela María –respondió el viajero, como no queriendo dar más detalles, para agregar luego...

-La pucha que se vino lejos... no es fácil venir a visitarlo!

Pasaron a la angosta cocina. Sobre la mesa quedaban restos de la cena tempranera del puestero, interrumpida por esa visita inesperada. Después de invitarlo a sentarse, dijo...

-Ahora le caliento unas "tumbas"* de capón que quedan en la olla... debe venir con hambre!

Con la pobre luz del candil deformando sus figuras en sombras grotescas contra el desparejo revoque de las paredes, hablaron largamente. Ramón Martínez pudo sacar a puro recuerdo las palabras amontonadas en su memoria, aletargadas por el peso de la ausencia. Había encontrado con quién conversar después de tanto silencio!

-Cómo está mi abuela? –se animó a preguntar luego de muchos rodeos-

-Guapa como siempre, esperando tu regreso. Siempre se acuerda... que sos medio ingrato, que no la vas a visitar, sabe decir...

-Ella tampoco se llega por aquí... una sola vez vino desde que estoy en el puesto! Y no sé si fue por verme o para conocer el lugar y orientarlo a usted, don Emiliano!

-Cuándo vino? -preguntó el recién llegado como sorprendido-

-Bueno... cómo decirlo... ella vino... hecha un águila que voló sobre el puesto y los corrales y desapareció detrás de esas lomadas– le contestó señalando con la punta del mentón los lejanos promontorios que imaginaba iluminados por la luna-

En la pequeña pieza contigua a la cocina, armaron cama con cueros de ovejas. No importa qué época del año sea, siempre son frías las noches de la cordillera. Por

unos instantes se quedaron callados, hasta que la voz de Ramón, como salida de esa minúscula pupila roja prendida de la punta de su cigarro, preguntara...

-A qué vino al puesto de Márquez, Emiliano?

Emiliano Villaverde se tomó algún tiempo en contestar. Parecía elegir las palabras adecuadas para responder a la pregunta del puestero. Pausadamente dijo...

-Vengo a buscar a mi espíritu guardián... vengo a ver si puedo con el puma que está matando animales... ese es el encargo que me hizo tu abuela, para ver si de una buena vez, termino de ser lo que ella quiere que sea.

Ramón esperó en vano que el viajero continuara hablando. Hasta que unos suaves ronquidos fueron la señal inequívoca que el cansado jinete se había dormido.

Con las primeras luces, ensillaron los caballos y partieron. Iban callados, sintiendo en la cara el sople helado del viento, que movía con diminutos temblores al pajonal dormido. Los ovejeros marchaba animosos, deteniéndose de vez en cuando a oliscar viejas marcas de orines que amojonaban sus invisibles territorios. Atravesaron la llanura cercada por serranías. Inmóvil un guanaco vigilaba desde la altura esa presencia extraña. Cuando los perros comenzaron a ladrar, lanzó un relincho de alerta y galopó hasta reunirse con la manada que pastaba segura al fondo de la vega y desaparecer detrás de las lomadas.

De a poco el andar se hizo más lento. La estirada planicie dio paso a terrenos menos accesibles con sendas que no permitían el sobrepaso. En fila india recorrieron ese tramo, hasta que un barranco profundo les cerró el camino. Dejaron los caballos y descendieron dificultosamente. Una pared vertical con cuevas estrechas levantaba su bastión infranqueable.

-Vamos a tener que buscarle por el costado –recomendó Ramón mientras observaba el alto murallón haciéndose visera con la mano-

-No sé... no creo que se pueda -reflexionó Emiliano con un dejo de pesimismo-

-En estas cuevas tiene seguro el león su guarida.

-Cómo sabés?

-Porque le anduve "cortando el rastro"* al trapial* y me trajo hasta aquí-

Dando un rodeo, Emiliano Villaverde pudo, con cierto trabajo, trepar hasta la cima. Desde esa superficie plana, tirado boca abajo al borde de la cornisa, intentó llegar hasta la primera de las aberturas que horadaban ese muro de lava moldeado por los siglos. Con esfuerzo logró penetrar en ese agujero angosto que apenas le permitía moverse. Un olor fuerte, como a carne podrida y saturada de orines, lo dejó sin aliento. Se arrastró por ese pasadizo opresivo sintiendo el oleaje de la sangre hincharle las sienes. A medida que avanzaba, vio con alivio que el túnel se ensanchaba, hasta convertirse en una galería donde pudo incorporarse. Cuando se acostumbró a la oscuridad, comprobó que la caverna tenía otros corredores por donde la luz del día iluminaba delatando la existencia de otras oquedades. Al fondo, sobre un pequeño alero formado por la propia piedra, los ojos del puma eran dos soles misteriosos que él miraba deslumbrado.

Por algún meandro de ese ominoso laberinto, la voz de Ramón llegaba llamándolo...

La última batalla

Después de la partida de Emiliano, María Reumay había envejecido. Parecía achicarse devorada por las llamas de su propia hoguera, transmutando su forma humana en esa apariencia de gallinazo carroñero, que encorvado, caminaba sin regreso hacia una extraña metempsicosis*. Se había soñado desandando sus rastros terrenales, regresada a cada uno de los sitios donde el legado de los antiguos la llevara para ser la mensajera de los padres azules.

Hoy ha visitado por última vez la tumba de Nicolás Millaqueo. Y a medida que escuchaba de la boca del muerto repetidas historias, las flacas piernas se contraían hasta tomar las formas de las garras costrosas de un águila. Lentamente, como una sombra líquida, el plumaje oscuro la cubrió entera, dejando sólo espacio para las pupilas vivaces y el pico recio. Permaneció inmóvil algún tiempo, hasta que batiendo las alas, voló libre por el cielo cordillerano.

Desde lo alto, la vieja casa, esqueleto de barco hundido, parecía zarpar de su larga penitencia rumbo a su naufragio definitivo. Entre la bruma que soltaba la cascada después de moler contra las piedras sus cristales de hielo, el Arroyo del Coipo se llevaba aguas abajo los últimos fantasmas de Piedras Blancas.

Ahora el ave navega las corrientes heladas de las alturas, sostenida a la luminosa bóveda por invisibles ataduras. Surcará la inmensidad en un planeo sin esfuerzo hasta depositar su flechazo de viento y plumas en las nudosas ramas del árbol sagrado. Allí esperará a su espíritu guardián para ir juntos en busca de la piedra aguilera donde armarán su nido.

Pero antes de aparearse, la vieja paisana marchará en soledad hasta el sitio sagrado y esperará que la muerte le toque el hombro con su mano huesuda. Verá llegar a su compañero y sentirá su pico despielarla, comenzando por los ojos, para que la luz traspase su cráneo y salga por el anillo de plata de la coronilla, apagando todo resto de vida pasada en esa osamenta sin memoria; seguirá por su boca, para que sólo pueda pronunciar palabras de sabiduría y terminará por los oídos, para que sólo pueda escuchar la voz de los chamanes muertos. Aún sin su carne, sabrá cuándo el espíritu guardián comenzará con la tarea de llevar uno a uno sus huesos hasta el árbol sagrado.

Ese será su final. Tal vez, con la llegada de los nuevos tiempos, María Reumay, convertida en águila, regrese a esos desconocidos parajes para ser el espíritu guardián de los chamanes venideros.

Pero ahora debe volver a cada lugar visitado en vida a "borrar" sus rastros. A despedirse de los seres que ha conocido y viajar a los sueños de su discípulo, el chamán blanco.

Guiada por el misterioso instinto que orienta a las aves, salvará en un solo vuelo las tres jornadas de marcha que separan a Pampa del Pedrero de Piedras Blancas, para barrer "con un viento de alas" el rastro maligno de "la piedra que camina" y liberar de su atadura al enterrado sueño de Nicolás Millaqueo.

Después, la Bajada del Chunchu la verá rastrear los sitios por donde pasó el caballo cargado con la finada mujer de Ruperto Martínez, para apagar de una vez y para siempre, la luz mala que alumbra por las noches el ciego deambular de su alma en pena.

Luego el destino de su vuelo estará en la hondonada, que en la alta montaña ampara del hombre y de los bichos, el desbarrancado sueño del padre de Ramón, desriscado en una nevazón mientras le seguía el rastro a unos cuatrerros chilenos.

Desde el aire, Las Taguas se mostraba sitiada por ejércitos de montes compactos, que dejaban ver entre sombras, la abigarrada textura de su piel volcánica, erosionada por soles y vientos de siglos. Todavía le quedaba por delante ese escabroso paisaje, que estira hasta las cumbres su inhollado horizonte.

Un planeo bajo la llevó hasta posar su estilizada forma sobre la cruz de madera.

Inmóvil, el águila esperó que un pequeño reptil asomara su cabeza, saliendo de la tierra suelta que tapaba la tumba. El lagarto se arrastró un trecho y luego se detuvo, como presintiendo el peligro. Un salto breve, sorpresivo, le permitió al ave asir con sus garras a la desprevenida alma del difunto y partir con ella hacia los altos laberintos que la esperan, más allá de la muerte.

En el alto cielo, el águila agitaba sus alas sin avanzar, como atrapada por el líquido estanque del aire. De pronto, liberada de esa trampa invisible, se lanzó en picada hasta casi chocar contra la dura esfera de la tierra, que se agigantaba velozmente yendo a su encuentro. Un golpe de timón la elevó de nuevo hasta encontrarse con su compañera que regresaba de un largo viaje, y juntas volaron hasta la piedra aguilera donde armarán nido la próxima primavera.

Ella sabe que su vida está unida a la de su compañero. Que juntos surcarán los cielos limpios y delimitarán sus dominios, desde donde la llanura remeda en el coironal la naturaleza del puma, hasta donde el rastro geológico de los glaciares dormidos, marcaron en la piedra su tatuaje de frío.

Sólo abandonará al macho cuando deba proteger al chamán blanco y viaje a sus sueños para indicarle el camino. Sólo entonces...

El amuleto

Emiliano Villaverde despertó sobresaltado. Algo, venido de la oscuridad impenetrable pugnaba por entrar, asomado a ese cuadrado ojo de buey desde donde se podía imaginar el oleaje siniestro de la noche. Era un aleteo, un rayo lejano que pestañaba su dorada vislumbre, calcando en el vidrio la figura de un águila en vuelo.

Sentado en el jergón* de cueros, miraba al ave picotear y arañar la ventana, impasible ante esa barrera infranqueable. Cuando la quietud se adueñó nuevamente del puesto, se incorporó sin hacer ruido, para no despertar a Ramón que a una brazada,* dormía el hondo sueño del peón de campo. Se vistió y a tientas buscó el verijero* que siempre dormía escondido entre los pliegues de la manta que le servía de almohada. Cuando abrió la puerta, un aire oscuro le llenó los ojos de sombras. Poco a poco, como si mínimas luciérnagas untaran luz en el contorno de las cosas, pudo "ver" por donde caminaba. Los caballos dormitaban dando grupas al rumbo desde donde el viento de la cordillera, acama al coironal andino, justo en el límite donde termina el largo travesaño del palenque y comienzan los corrales. Un resplandor cobrizo, una resolana luminosa envolvía la masa informe de los animales apretujados, en esa resignada actitud, propia de su mansedumbre. Aislados balidos lanzaron su alerta desde ese confuso conjunto, apenas percibieron la extraña presencia.

Con todos los músculos tensos, la respiración agitada por un miedo desconocido, anhelaba la llegada de algún indicio que confirmara la peligrosa aparición del puma, en esa espera ominosa que deseaba con fervor que acabara, al unísono con un recelo torturante que pretendía extender indefinidamente. En cuclillas, apoyado en los alambres del corral, esperó pacientemente. A veces el viento despreocupado parecía traer en el rumor nocturno de la montaña, los secretos sonidos de sus ocultos habitantes. Por largos momentos, una calma dolorosa, aquietaba los latidos de la vida, como si todo fuera parte de ese silencio rotundo. Desparramados en el pequeño guardapatio, los perros dormían echados al reparo de las paredes del rancho. Nada parecía perturbar el liviano sueño de los ovejeros. Era como si los pasos del chamán blanco no alcanzaran a tocar el suelo, en esa sigilosa marcha del cazador yendo al definitivo encuentro con el puma.

Pero en esa vigilia, ajena a todas las bestias que el hombre domestica, un recóndito miedo le ponía la sangre en guardia. Un súbito presentimiento venido desde la memoria del instinto, anunciaba la inminencia de ese alumbramiento proceloso. Y comprendió que ya no había regreso ni claudicación posible. Que ese temblor en el aire estancado, despertaba al remoto lobo que aúlla todavía en los perros, que agachaba con un pavor antiguo las orejas de los yeguarizos y desorbitaba el terror dormido en los ojos de las ovejas.

Como obedeciendo un mandato irresistible, su mano buscó el cuchillo. Ahí estaba, entre la cintura y el bajo vientre, ocultando a la noche el hiriente brillo de su acero.

Y como salidos de la nada, los ojos del felino surgieron amenazantes, desde la niebla espesa que escondía en su negrura, esa masa poderosa de músculos tensados y al acecho. Por un instante sus miradas se encontraron en la calma precaria, que presagiaba la inminente tormenta. Entonces el chamán blanco comprendió lo que María Reumay le quiso decir con... "cuando puedas ver con los ojos del puma"!

Lentamente, sin dejar de mirar esas pupilas de fuego, se fue quitando el poncho y lo arrolló en su mano zurda; en la diestra, el verijero probaba su punta contra el cuero de la noche cerrada, esperando el salto del león agazapado. Mirando sólo esas pupilas encendidas, pudo "ver" la boca abierta del gran gato con sus colmillos desenvainados y las uñas corvas y agudas que escondían sus ágiles garras. El golpear de la cola contra el pisoteado suelo fue último aviso antes del salto. Apenas tuvo tiempo de adelantar la mano izquierda para protegerse del ataque, para sentir cómo la hoja del cuchillo chocaba contra el pecho del puma. Rodaron entre rugidos sordos por la tierra suelta saturada de estiércol, hasta que de nuevo el silencio regresó de entre las sombras.

Cuando Ramón salió del rancho ante el alboroto de los animales, una enorme piel de puma colgaba de los hilos del alambre. Un poco más lejos, cerca de los corrales, el cuerpo descuerado del león yacía de costado con los ojos abiertos, mostrando el despellejado hocico armado con afilados puñales carniceros. A una de sus manos le faltaba la uña mayor, que el chamán blanco le había sacado para tener su amuleto de poder.

-Bueno, por fin le llegó la hora al trapial -exclamó con alegría Ramón para luego continuar... – Demasiado daño había causado el maldito!

Emiliano parecía no escucharlo mientras limpiaba en una mata la daga ensangrentada. Sin pronunciar palabra se encaminó al rancho, como si un cansancio viejo le encorvara la espalda con su pesada carga.

Cuando volvió de enterrar al puma sacrificado, el peón lo encontró dormido, tirado entre los jergones.

Despertó al sentir ladrar a los perros del puestero, que desensillaba y soltaba el caballo, luego de una larga jornada, recorriendo despobladas extensiones. Trataba de recordar cada imagen de ese intrincado sueño, desde donde una decrepita María Reumay, le hablaba con las últimas briznas de esa hechura carcomida por el tiempo. Por las cuencas de sus ojos huecos, desplumados pichones de águila pugnaban por abandonar el nido hecho en el centro de su cerebro, alimentándose con la resina fósil de los sesos. De esa boca sin dientes ni lengua, salía la voz cavernosa, como venida de ese vientre estéril de toda existencia. Apenas podía reconocer a la chamana en esas miserables sobras, salvadas por algún designio inexplicable. A medida que la escuchaba, veía cómo esa máscara espectral se desmoronaba en lentos estertores, hasta sólo ser un pequeño puñado de cenizas devueltas a la tierra. Pero la voz parecía no necesitar de esos huesos transidos para llegar hasta el chamán blanco con su póstumo mensaje. Desde ese largo sueño, la vieja paisana le había dicho...

"Vengo a despedirme. Hacerte chamán fue mi última batalla en este mundo. He partido para existir al lado de los chamanes muertos. Ya no podrás verme como me conociste. Recibirás alguna señal cuando te visite en los sueños. Sólo en sueños escucharás mi voz. De todo lo demás se encargará tu espíritu guardián; él acudirá en tu ayuda. Para convocarlo, debes usar tu canción sagrada. Con sólo pensarla, el espíritu guardián vendrá a tu encuentro cada vez que lo necesites. Tu amuleto no debe abandonarte nunca!. Donde vayas, deberá acompañarte y nadie puede verlo y menos tocarlo!. He borrado todos mis rastros sobre la tierra que pisas. Sólo he dejado la vieja casa que vos destruirás prendiéndole fuego. Que nada quede que recuerde mi nombre. Debes deshacerte de todo lo demás. Lo primordial lo llevarás puesto. Que todos crean que mi desaparición se debió al incendio y que todo lo que había de mí lo devoró el fuego. Una catán currá te estará esperando por el camino. Esa piedra sagrada para "soplar daños" la encontrarás porque el águila la puso en el sitio por donde deberás pasar cuando regreses a Piedras Blancas.*

Tendrás que construir tu propia morada en algún sitio alejado del mundo de los hombres. Desde donde decidas vivir, irás en ayuda de todo hermano que te necesite, sea blanco, mestizo o indio, sin aceptar pago alguno por tu trabajo. Recuerda que el conocimiento que has recibido, sólo lo usarás para hacer el bien y que deberás dar cuenta de cuánto hagas a los padres azules, cuando te enfrentes al laberinto de los muertos".

"Antes tu lucha era contra vos mismo. Ahora tus enemigos serán otros, más poderosos, pero vos también sos otro y tienes tu propio poder y el de tus protectores. No vuelvas a tu mundo anterior; no pierdas lo que con tanto sacrificio has conseguido. Debes renunciar definitivamente a tu pasado!. Pronto se desatará una guerra entre los habitantes de esas grandes poblaciones y nadie podrá escapar de sus asesinos. Entre el desierto y la cordillera estará tu residencia, y la de los que te sigan. Hasta que un lejano día, cansada que maten sus animales y mutilen sus árboles, envenenen el aire y contaminen sus ríos, la madre tierra se arranque sus propias entrañas y vomite el gran cataclismo. Entonces los volcanes expulsarán negras cenizas que oscurecerán los anchos cielos por años, y sin el calor del sol, todo signo de vida perecerá. Sólo se salvarán de esa tragedia, los huesos de los chamanes muertos. Y de ellos nacerá un nuevo hombre, para iniciar otra vez el camino"...

El dueño del fuego

Todo le resultaba diferente. Hasta su propia sombra viajaba golpeando contra las piedras del camino su charco de niebla, caída del caballo como un colgajo oscuro. Empujado por ese viento terco del oeste, desandaba el camino tapado a trechos por la ríspida costra de la escoria volcánica, deteniéndose de cuando en cuando para girar la cabeza y mirar cómo la figura del puesto, parecía hundirse en el légamo umbroso de las montañas lejanas.

Atrás quedaba Ramón Martínez con la soledad empozada en su mirada mansa, resignado inmigrante en ese territorio de olvido, despiadado y hermoso. Se había despedido del criado de María Reumay con la íntima certeza que nunca más volverían a encontrarse.

Sentía que todo ese tiempo compartido con el puestero, pertenecía a su pasado, que formaba parte de esa historia que su maestra le había ordenado olvidar, para hacerle sitio al chamán blanco y los designios que los chamanes muertos grabaron en su memoria legándole la propiedad del fuego. Ese remoto privilegio que viene desde los comienzos de la vida, cuando entre los primeros habitantes del planeta, uno, el más despierto, se hizo dueño de su poder. Desde entonces, esa llama prodigiosa pasa de mano en mano entre los elegidos, sobreviviendo clandestina, subterránea y eterna, entre la soberbia que emborracha de egoísmo, la mediocre y decadente existencia del hombre.

Pero ahora su destino lo lleva rumbo a ese mar distante, que imagina contenido por el frágil festón de espuma blanca, reflejando en su esmeralda el libre vuelo de las aves marinas. Ese mar que sólo conoce por haberlo visto en los ojos tempestuosos de la machi y que algún día tocará descalzo en la playa pedregosa. Ese mar que marca el comienzo del desierto inconquistable, que extiende su maternidad de páramo hasta donde el lomo desenterrado de la cordillera lo acorralla con las garras del frío.

Anduvo un tiempo llevado por el paso lerdado del tobiano,* sobre esa llanura que inunda como una marea rubia las vegas dormidas. Lacio silencio donde anidan los caiques,* salpicando de blanco y negro el sexo potente del verano.

Luego el río cordillerano, acompañando el dibujo caprichoso del alambre, que marca con su trazo celeste el principio o el final del campo de los Galarraga. Hombre y caballo bebieron del mismo cauce. Cuando el agua del remanso quietó los círculos que surgían de su centro, el rostro de Emiliano Villaverde comenzó a deformarse, hasta que la recia cabeza de un puma pareció emerger desde ese espejo turbulento.

Agachado, casi podía tocar esa imagen soberbia. Las orejas romas, el morro poblado de gruesos bigotes, donde se adivinaba la existencia de su dentadura predadora; la cabeza redonda y robusta, perforada por el fulgor de esas pupilas dominantes. Por un instante, hasta creyó respirar el olor del felino, entremezclado con el aroma silvestre del torrente. No había violencia en esa criatura que más que mirar, parecía ofrecer sus ojos para que el chamán blanco pudiera ver por ellos, desconocidas dimensiones. Así permaneció, hasta que una fuerza oculta, surgida del caudal impetuoso, se la llevó río abajo entre espuma y remolinos.

Sobre el testuz lustroso de la cabalgadura, apretadas serranías ponían a secar sobre la tarde sus ponchos de alfarerías, amontonando sombras en las

ondulaciones de los valles. Por esas estribaciones viboreaba la senda, antigua cicatriz marcada a golpe de pezuña. Así era el camino, abismando la soledad del viajero desde la altísima comarca de los cóndores, en esa geografía desde donde la montaña revela sus senderos de hormigas.

Él conoce esos parajes por haberlos visto con ojos antiguos. Son los mismos que el caballo reconoce en el instinto y desanda a rienda corta, reclamado por olores de sitios que esperan detrás de esos escarpados rincones. Sólo que todo lo que ve parece viejo, desleído, vuelto a desgano por difusos recuerdos y que ahora desfilan a cada lado del camino, desterrados para siempre apenas abandonan sus ojos de puma. Los cascos del tobiano sacando chispas en el pedernal de los riscales, era apenas un rumor que le llegaba desde ese silencio deslumbrante.

Despacio, como si al andar fuera marcando el pulso de su propio reloj de arena, las imágenes del paisaje se fueron opacando, esfumadas por misteriosas reverberancias, en una transparencia agujoneada por brillos tornasoles. En algún momento comprendió que no veía. Que una desmedida claridad destruía todo vestigio de formas y colores. Se imaginaba con los ojos abiertos, sin pupilas, azotados por un salitre quemante exudado desde los delgados huesos de su calavera, en ese éxodo definitivo que lo llevaba hasta la vieja casa que los Reumay levantarán en la costa del arroyo que llaman del coipo.

Ciego de luz, poseído por esa visión incomprensible, se veía arrastrado hacia esa puerta que esperaba al final del túnel, para develarle en un pestañeo, el origen de aquellos sortilegios. Y fue un destello, un breve refucilo alumbrando la escena donde la vieja casa de la chamana, reflejaba su precaria marinería en las aguas dulces del arroyo. Un pequeño humo izando su blanca bandera en la tarde quieta. Luego el fuego.

El incendio parecía nacer de la quilla* y alzar sus ropas en llamas hasta las cuadernas* de estribor*, alumbrado por el chisporroteo incesante del ciprés malherido. La crecida ígnea asolaba las sólidas paredes con su hambruna crepitante, alcanzando con lengüetazos ardientes las tejuelas del techo. En pocos minutos la casa ardía entera.

De a ratos, algún madero desprendido del esqueleto ennegrecido, golpeaba sus muñones oscuros contra el suelo caldeado, echando a volar tiznadas mariposas. Hasta que sólo una humareda lánguida, como después de una batalla, elevaba su agrio sahumero desde esa tierra arrasada.

Otra vez en los ojos del chamán blanco apareció esa luz enceguedora.

Otra vez el camino tortuoso, flagelante, devolviéndolo transformado a los antiguos dominios de María Reumay, su entrañable maestra.

La edición original de **Con los ojos del puma** de Hugo Covaro se terminó de imprimir en diciembre del 2000 en los talleres de la Editorial Universita de la Plata, República Argentina. I.S.B.N: 487-9160-49-5

Vocabulario

Águila mora: (*Geranoaetus melanoleucus*) Es el ave rapaz de mayor tamaño en la región y se la puede encontrar hasta los 3 mil metros de altitud. Anida en árboles o formaciones rocosas y pone de 2 a 3 huevos blancos con manchas marrones.

Alazán: Dícese del caballo de color parecido al de la canela.

Algarrobito: (*Prosopis denudata*) Arbusto con ramas cortas, duras y grises. Espinas punzantes, de raíz leñosa, profunda y gruesa, mide entre 1 y 2 metros. Sus frutos son vainas comestibles de olor y sabor agradable. Buena leña.

Astrosa: Desarrapado, roto o sucio.

Awines: Vueltas que se dan de a caballo en torno al altar en las rogativas, en sentido contrario a las agujas del reloj.

Bandurria: (*Theristicus caudatus*, ciconiida) Ave zancuda, muy difundida en los valles andinos del sur. Se alimenta de insectos y gusanos, por lo que el poblador la considera amiga. Emite un graznido destemplado que retumba sonoramente. Su porte es el de una garza mora o algo mayor.

Barbijo: Tiene varios significados. En este caso, dícese del hilo, cinta o correa que sujeta el sombrero en climas ventosos como el patagónico.

Barda: Altura que bordean los valles desde la precordillera hacia el mar.

Brazada: Medida antigua que equivale a aproximadamente a 1 metro con 80 centímetros.

Cachuhuecú: Palabra compuesta por cachu=hierba, pasto y huecú=diablo, demonio. Voz mapuche que significa yerba del diablo.

Caiquén, Cauquén o Avutarda: (*Chloephaga picta*) Se la encuentra desde Neuquén hasta la Tierra del Fuego, en vegas o valles fértiles. El macho tiene la cabeza, cuello y partes inferiores blancas, mientras que el resto es blanco con pintas negras. La hembra es de un tono herrumbroso, con anchas barras negras. En el otoño migran hasta la pampa húmeda. Nidifican entre septiembre y noviembre, poniendo de 5 a 6 huevos de color blanco crema.

Camaruco: Ceremonia religiosa del pueblo mapuche.

Campear: Salir al campo en busca de personas o animales.

Cantonera: Tabla exterior, imperfecta, sacada del rollizo.

Catán currá: Voz mapuche. Catán=agujero, currá o curá=piedra. Sig. Piedra agujereada. Instrumento que la Machi usa para "soplar el daño" del enfermo.

Cebado: Nombre que recibe el puma, que se acostumbra a matar en las majadas.

Cetrera: (cetrería) Arte de criar aves de caza. Caza con águilas y halcones.

Ciprés: (*Austrocedrus chilensis*) Planta conífera de madera incorruptible.

Coipo: (*Myocastor coypus*) Roedor acuático de piel estimada, mal llamado nutria por algunos autores. En la Patagonia se lo encuentra en la región oeste de las provincias de Chubut y Santa Cruz.

Coirón: (*Poa* sp) Tipo de pajonal muy difundido por la región patagónica, que sirve de alimento al ganado.

Colihue: (*Chusquea culeou*) Caña perenne, flexible, de hojas lineales y largos tallos leñosos y macizos, usados en mueblería. Tiene la particularidad de florecer una sola vez, para luego secarse y morir.

Cortar el rastro: Técnica del rastreador que consiste en "cortar" a los costados, sobre el rumbo de los rastros encontrados.

Corraleras: (*T. Rumicivorus*) Pertenece al grupo de las agachonas, de unos 20 centímetros, y se la suele encontrar en vegas, estepas y lugares lacustres de la Patagonia.

Crisálida: Estado larval de los insectos.

Cuaderna: Pieza curva que encaja en la quilla de la embarcación, formando como costilla del casco.

Cucarda: Escarapela. Pieza de adorno en la cabeza de los animales de exposición.

Cultrún: Instrumento sagrado de percusión del pueblo mapuche, usado en las rogativas. Consiste en un plato hondo de madera, cubierto por un parche de cuero.

Cumtre: (*Zaedyus pichi*) Voz mapuche. Significa piche, armadillo, mulita.

Chamán: Sacerdote, adivino, curandero. Personaje místico dotado de poderes superiores. Su sabiduría tiene origen en las tribus siberianas uralo-altaicas.

Chapel: (*Escallonia virgata*) Arbusto leñoso de los mallines andinos, de madera apreciada.

Charqui o charque: Voz quechua. Tasajo. Carne salada y secada al sol.

Chata: Modo de nombrar a cualquier tipo de camioneta en el campo patagónico.

Choroi: (*Cyanoliseus patagonus*) Voz Mapuche. Loro cordillerano de vistosos colores.

Chuncho: (*Glalucidiun nanum*) Especie de caburé grande, de lomo pardo acanelado y pecho blanco con motas ocre. De hábito solitario, habita los bosques y montes patagónicos, migrando hacia el norte en otoño. Anida en huecos de los árboles y barrancas, y pone de 4 a 5 huevos de color blanco.

Diuca: (Diuca diuca) Hermosa ave canora de los bosques cordilleranos. Es gris con el pecho blanco.

Elchén: Uno de los nombres de Dios, entre los mapuches.

Estribor: Costado derecho de la nave mirando desde popa.

Guagua: Voz chéchua. Niño de pecho.

Hachuela: Hacha pequeña, de cabo corto.

Huso: Instrumento para hilar, torciendo la hebra y devanando en él lo hilado.

Ijares: Cavidad situada simétricamente entre las costillas falsas y las caderas.

Jeme: Distancia existente entre la extremidad del dedo pulgar y el índice, separando uno de otro todo lo posible.

Jergón: Colchón campesino hecho con cueros de ovejas.

Lenga: (*Nothofagus pumilio*) Árbol de los bosques cordilleranos de madera noble muy usada en carpintería.

León o lión: (*Puma concolor*) Puma, león americano, llamado "león o lión" por el paisano patagónico. Se lo caza generalmente en invierno pues es más fácil encontrar sus huellas en la nieve; en terreno llano es más vulnerable que en sitios quebrados. Para evitar al hombre, sabe remontar ríos o arroyos "escondiendo el rastro". Es tímido y sólo ataca si se ve acorralado o cuando tiene cría. La hembra sabe parir entre 2 y 4 cachorros.

Lesera: Americanismo que significa tontería, necedad, torpeza, estupidez, calidad de lesa. Se dice también lesura.

Machi: Pitonisa, curandera, oficiante principal en las rogativas del pueblo mapuche.

Machitún: Rito curativo que realiza la machi.

Malaespina: (*Trevoa patagónica*) Arbusto patagónico, de hasta 2 metros de altura, flores blancas, hojas pequeñas, con ramas llena de espinas, que el lugareño emplea como leña.

Mallín: Terreno llano y húmedo con buena pastura que suele anegarse temporariamente.

Mataguanaco: (*Anarthrophyllum rigidum*) Arbusto patagónico de corteza rojiza, que recuerda el pelaje del guanaco.

Menuco: Voz mapuche. Palabra compuesta por minú=adentro y co=agua. Agua subterránea. Pantano peligroso para el hombre y la hacienda. Es creencia que el menuco no tiene fondo.

Metempsicosis: Doctrina religiosa y filosófica de la transmigración de las almas.

Molle: (*Schinus molle*) Arbusto resinoso que da buena leña.

Mutisia: (*Mutisia decurrens*) Hermosa flor anaranjada y lilácea, de los faldeos andinos.

Nguenechén: Uno de los nombre de Dios, entre los mapuches.

Ñire: (*Nothofagus antártica*) Árbol cordillerano de porte mediano o bajo, según las regiones.

Padres Azules: En algunas comunidades suelen invocar al Calfú Chao=Padre Azul o a Calfú Ñuque=Madre Azul. Representa la bisexualidad de los dioses en la cosmovisión mapuche.

Piedra que camina: Mito del pueblo mapuche.

Pierneras: Piezas confeccionadas con cuero de chivo, con el pelo para adentro, que usa el hombre de los bosques para protegerse del monte espinudo.

Pilchero: Dícese del caballo auxiliar que sirve para llevar el equipaje (pilchas).

Piño: Pequeño rebaño de ovejas.

Purrunes: Vocablo mapuche. Bailes en las rogativas.

Quilla: Pieza que va de proa a popa, por la parte inferior de una embarcación, y en que se asienta toda su armazón.

Quillango: Manta de pieles cosidas.

Recao: Montura campesina, armada con cueros de ovejas.

Riscales: Pedreros. Peñascos altos y escarpados.

Ruca: Voz mapuche. Sig. Casa.

Taiel: Voz mapuche. Sig. Canto sagrado.

Tagua: (*Fulica atra*). Especie de gallareta de plumaje negro y pico amarillo.

Tapera: Voz guaraní. Ruinas de una población –casa o habitación ruinosa.

Tobiano: Dícese del caballo o yegua que tiene el pelaje de dos colores en grandes manchas.

Trapial: Voz mapuche. Sig. Puma.

Tumbas: Trozos de carne de capón o vacuno que en guiso o puchero, forma parte del menú del hombre de campo.

Uámenk: Chamán entre los tehuelches meridionales.

Uámekshon: Chamana entre los tehuelches meridionales.

Veranada: Campo de pastoreo que por estar ubicado en zonas altas, se utilizan sólo en verano. En invierno los cubre la nieve.

Verijero: Cuchillo de porte mediano que el criollo lleva en la cintura, sostenido por la faja o el cinto, a la altura de la ingle.

Vicios: Vituallas del gaucho. Nombre que en la campaña se le da a lo estrictamente necesario: harina, yerba, tabaco, etc.

Zaino: Animal equino de pelaje castaño oscuro, sin otro color.